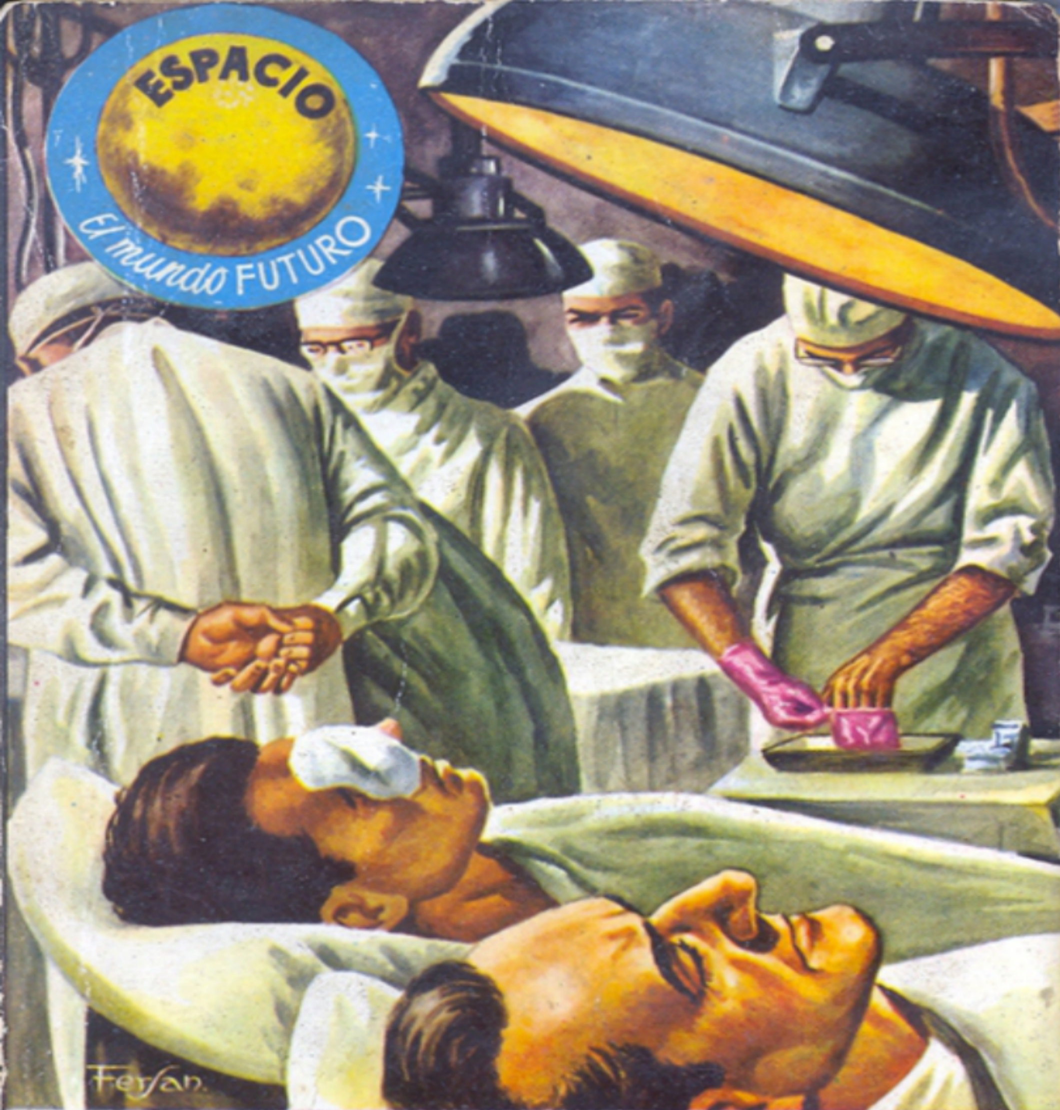


RAZA DE SEÑORES

CLARK CARRADOS

Raza de señores

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/117

CAPÍTULO PRIMERO

La cosa empezó con algo tan sobado y vulgar como una puñalada que mató a un hombre de modo fulminante.

Sucesos como éste han ocurrido y ocurrirán mientras el hombre sea hombre, por muy adelantada que esté su civilización. Se inventaron las armas de fuego y durante algún tiempo fue muy apreciada la novedad, hasta que alguien cayó en la cuenta de que cuando se necesita liquidar a una persona, el puñal era un método tan eficaz como la pistola, con la ventaja sobre ésta de su absoluto silencio al ser manejada. Después se inventaron las armas desintegrantes, pero no faltaban espíritus sensibles que arrugaban la nariz al percibir el hedor a carne asada que quedaba después de desembarazarse de su enemigo y seguían recurriendo al puñal como método infalible de conseguir sus propósitos sin necesidad de sostener con la mano izquierda un pañuelo empañado en colonia para no percibir el mal olor. Y así, sin necesidad de citar métodos nuevos para suprimir a las personas, se llegó al convencimiento de que el acero podía continuar realizando las mismas faenas que habían hecho desde que el hombre aprendió a fundir el hierro y forjar armas con él.

El muerto fue una persona de cierto relieve en los medios técnicos, que provocó bastante más ruido con su muerte que con su vida, pese a que con ésta hubiera dado bastante quehacer a periodistas y fotógrafos. Se trataba del profesor Lucius Callicut, experto en robopsicología, y si enseguida se supo de qué había muerto, resultó en cambio, bastante oscuro el motivo que había impulsado la mano que

sujetaba el puñal que acabara con su vida.

Pero todo esto quedó en un segundo plano cuando el forense, doctor Sandeman, le hizo la autopsia.

El doctor Sandeman era un médico a la antigua, de los que fiaban más en la compenetración entre médico y paciente que en la fría impersonalidad de las drogas curativas. Había visto ya muchas cosas en el curso de su dilatada existencia, y cuando se sintió envejecer y vio disminuir su clientela, por culpa no de su incompetencia, sino de la veleidad del público que creía que por peinar canas iba a saber menos que los recién graduados, solicitó y obtuvo el puesto de forense en la Policía, cosa que no le resultó ciertamente difícil. Los funcionarios públicos no han sido nunca bien pagados, y ni siquiera el transcurso de los siglos ha hecho modificar esta actitud acerca de las autoridades que los emplean, por lo que en la Policía de la ciudad había un par de vacantes crónicas de forense que nunca se cubrían. Bastó pues, que el doctor Sandeman abriera la boca, para que inmediatamente le fuera entregada la credencial de su nuevo cargo.

Yo lo sé, porque mis circuitos memorísticos guardan, sin posibilidad de error, todas las lecturas que hice de las actas de, los interrogatorios, más las de algunos otros en los que estuve presente. Pero, aun siendo un «robot», me es fácil ponerme en el sitio de un humano, para comprender con toda facilidad lo que sintió el doctor Sandeman al hacer la autopsia del cadáver de Callicut.

Las causas de la muerte de Callicut estaban bien claras y el ojal de la puñalada era harto visible en su espalda, bajo el omoplato izquierdo y al nivel del quinto espacio intercostal. Había sido un golpe de cirujano y su muerte, interesando el corazón, fulminante, lo cual explicaba de sobra la escasa hemorragia sufrida. El doctor Sandeman decidió, en vista de lo que había, que no precisaba de ayudante alguno, por lo que, despidió a Johnnie Bradden, con gran contento de éste, que ya había visto perdidas sus esperanzas de cenar aquella noche con una bonita morena por la cual andaba más chiflado de lo que es regular en un humano.

El doctor Sandeman, pues, se enfundó la bata blanca, y luego los guantes, requiriendo a continuación las escasas herramientas que se precisaban para su macabra tarea. Tenía ganas de acabarla cuanto antes, pues el fresco ambiente de la Morgue no resultaba precisamente muy acogedor en aquel día de invierno, en que la lluvia y el viento atlántico barrían las calles de la ciudad. Así que, una vez preparado, pegó el primer tajo a la fría carne de Callicut.

Serró después parte de las costillas, echando a continuación a un lado todo aquel sector del tórax. Con su mano derecha apartó el pulmón del muerto, para ver mejor la herida del corazón, y entonces fue cuando lanzó el primer aullido de espanto.

Ya he dicho que Sandeman era un médico chapado a la antigua y que, por lo tanto, había visto muchas cosas para que a sus años se sintiera asombrado por ninguna. Pero es que aquella sobrepasaba a todas y, de repente, cosa lógica, sintió la necesidad de aliviar su tensión nerviosa con un buen trago.

Fue hasta el armario señalado con el rótulo de «Medicamentos», y lo abrió. Había allí un frasco con una etiqueta en la que había grabados una calavera y dos tibias, más la indicación «Veneno» y, destapándolo, se arreó la mitad de su contenido. No se lo bebió todo de un golpe, por sí tenía precisión de beber más tarde, cosa que, denota el espíritu previsor del médico.

Volviendo al cuerpo de Callicut, examinó con grandísimo interés lo que había descubierto, estudiándolo durante un buen rato. Después, presa de una súbita sospecha, requirió de nuevo sus instrumentos.

Separó, el cuero cabelludo del cráneo casi a tirones; metió luego la sierra y después levantó los huesos frontales y occipitales de un golpe. Entonces fue cuando, no pudiéndolo resistir más, se desmayó.

Más tarde, habría de, decir que no sabía si se había desmayado al ver lo que había en el interior del cráneo de Callicut o fue porque a él también le habían golpeado en la nuca con un objeto duro y contundente en aquel preciso momento. Pero el caso es que, cuando se despertó, el cadáver del profesor Callicut había desaparecido con tanta limpieza y rotundidad como si no hubiera estado jamás en la Morgue. Naturalmente, el doctor Sandeman hizo lo único que cabía hacer en aquellos momentos: llamar al encargado de la investigación, capitán Skalda.

* * *

El capitán Skalda era muy joven para el cargo que desempeñaba: apenas unos veintiséis años; tenía el pelo rubio, los ojos verdes, las pestañas larguísimas, los labios rojos como una cereza, un tipo capaz de inspirar ataques de ictericia a la mismísima Afrodita y calzaba unos

tacones que añadían ocho centímetros al menos a su ya elevada estatura. No es preciso añadir que se llamaba Lola para saber que pertenecía al sexo débil (?) Y que la mitad de los hombres de su Departamento —los solteros—, andaban locos por ella, inspirando no poca envidia a los casados, a quienes su estado impedía soñar con lograr de ella la aceptación de una invitación a cenar, cosa que Lola no había hecho jamás hasta el momento en que yo la conocí.

La entidad a la que pertenezco había juzgado que en mi educación robótica existía un pequeño bache que convenía subsanar: una temporada en la Policía con el fin de seguir unas cuantas investigaciones y que en mis circuitos mnemotécnicos quedasen grabados los resultados de la misma. Así, pues, a la Intermundial no le había sido nada difícil conseguir que me agregasen por una corta, temporada al Departamento de Homicidios, una de cuyas secciones estaba a cargo de Lola Skalda.

Naturalmente, aquello no había sido acogido sin recelo por los hombres que formaban parte del Departamento. Algunos, especialmente inclinados al pesimismo, empezaban ya a verse formando parte de las filas de los sin trabajo una vez los «robots» se hubieran impuesto de las tareas policiales; pero eran injustos conmigo y con toda mi raza, porque no se daban cuenta de la primera y más fundamental de las leyes robóticas, la que impide que un «robot» cause daño alguno por acción u omisión, a un humano, sin que se haga la menor excepción. Claro que si yo me meto a la policía y detengo a un criminal, por muy convicto que esté de su crimen, le causaré un daño, máxime sabiendo que, con toda seguridad: será condenado a muerte y ejecutado. Esto, para un humano; por muy merecido que se lo tenga, no deja de ser un daño, y nosotros, los «robots», no podemos hacerla. Pero no había medio de metérselo en la cabeza a aquellos recalcitrantes pesimistas, de modo, que estando protegido por mi entidad y por Lola, acabé por no hacerles caso siquiera y no registrar en mis circuitos las sarcásticas invectivas que me dirigían apenas me veían a su alcance.

La noche en que ocurrieron aquellos hechos, Lola y yo estábamos en su casa. La joven había dado por terminada su tarea y estaba entregada al descanso mental, mediante la lectura de una buena novela. En cuanto a mí, «disfrutaba» hasta lo indecible contemplando la proyección en el estéreo de una película de «cow-boys» y pieles rojas, y ni siquiera oía los furiosos embates del viento que, mezclado con heladas rachas de agua, golpeaba casi sin cesar los cristales del apartamento que ocupaba la muchacha.

La habitación estaba, naturalmente, climatizada, pero Lola, pese a su empleo, era una chica muy hogareña, y había hecho instalar una chimenea de troncos, en la que ardían alegremente unos cuantos de éstos, proporcionando así una grata visión que reconfortaba notablemente el espíritu. Salvo algún accidental crujido de la madera al arder, los silbidos del viento y los sonidos del televisor, no se oía ningún otro ruido en la estancia; entregados a nuestras distracciones, Lola y yo no nos sentíamos en este mundo.

Pero está escrito que cuando uno se encuentra mejor, siempre ocurre algo que le hace volver a la realidad de la vida. El zumbador del visófono sonó insistentemente.

Lola levantó la cabeza y me miró. Entendí lo que quería decirme, incorporándome, caminé renuentemente hacia el visófono, muy fastidiado porque en aquellos momentos los indios galopaban frenéticamente tras la diligencia y me iba a perder el número fuerte del programa.

Oprimí el interruptor, y al instante apareció en la placa el granujiento rostro del sargento Holliver, mí más cordial enemigo. Su voz sonó bronca, desapacible.

— Oye, tú, saco de tuercas —me increpó—, ¿dónde está la señorita Skalda?

Conecté el circuito de la sonrisa, poniendo la más amable que pude en mis labios de plástico.

—Querrá usted decir el capitán Skalda, ¿verdad? —repuse, con tono melifluo, — pues sabía la poca gracia que le hacía verse mandado por una joven mujer.

—Es le mismo, Kabé — mascull ó el sargento—, Pero date prisa y dile que tengo aquí al doctor Sandeman.

Lola levantó de nuevo la cabeza al oír mencionar al forense. Sin esperar a más, se puso en pie. Caminó hacia el visófono con la gracia de un cisne y la sinuosa facilidad de un felino y, recordando que era el terror de los criminales, pese a su juventud, me pareció efectivamente, que se parecía a una tigresa. Sobre todo, cuando vi destellos de interés por lo que decía Holliver en sus ojos verdes.

La imagen del brusco sargento fue sustituida por la de un consternado médico forense, que sudaba copiosamente a causa de la excitación que sufría en aquellos momentos. Hablaba atropelladamente, pero con la

claridad suficiente para que se le pudiera entender lo que decía.

Cinco minutos más tarde, Lola estaba enterada de todo lo ocurrido. Frunció el ceño y, observándola, me di cuenta de que no le gustaba lo que estaba pasando.

—¿Está seguro de que lo que vio no fue consecuencia de una excesiva dosis de alcohol, doctor? inquirió.

—¡Cielos, no! — se escandalizó Sandeman —. Señorita… capitán Skalda, le aseguro que sólo bebí después de abrirle el pecho a Callicut. Después, no antes.

Lola meditó unos segundos y al fin, dijo:

—Doctor, lo mejor será que venga usted a mi casa. No me gusta sostener por el visófono más conversaciones de las imprescindibles y creo pertinente me aclare algunos puntos que hallo un tanto oscuros. ¿Comprende?

Sandeman asintió. Dijo:

—Comprendo, capitán. Iré ahora mismo.

—Que le acompañe el sargento…

—No es necesario molestar a Holliver, capitán. Tengo mi coche en la puerta, y en media hora estoy ahí.

Lola cortó la comunicación y luego giró sus dos ojos hacia mi.

—¿Qué opinas tú de todo esto, Kabé?

Tardé algunos segundos en contestar, buceando en mi memoria robótica, hasta que me hube convencido de que no había en ella nada semejante a lo que el forense nos había contado. Dije:

—Capitán…

—Llámame Lola, Kabé.

—Gracias. Pues la verdad es que resulta muy extraño que alguien se dedique ahora a resucitar el viejo mito de Frankenstein, Lola.

—¿Frankenstein, Kabé? ¿Tú crees que el profesor Callicut podía compararse con aquel monstruo?

—En cierto modo, y dado el informe del forense, si. No de un modo absoluto, pero sí con un cierto parecido que no deja de ser bastante desagradable.

—Eso es cierto —murmuró Lola, bastante pensativa—. Pero ¡qué extraño, qué extraño!

Aún resultó serIo más todavía cuando la media hora anunciada por el doctor Sandeman se convirtió en una, luego en dos, y más tarde en algo que nos hizo sospechar podía haberle ocurrido nada bueno, cuando no compareció por nuestra casa. Alarmada por su tardanza, Lola llamó a Holliver, quien le confirmó la salida del Departamento, tal como habían acordado, y se extrañó bastante de que no hubiese llegada aún.

Comprendimos que no llegaría nunca a ningún sitio el doctor Sandeman cuando, después de tres días de incesantes pesquisas, apareció un cuerpo entre los setos que bordeaban una de las carreteras que llevan a la ciudad, con una cuerda profundamente incrustada en su cuello. Entonces Lola empezó a creer que el viejo forense había tenido razón y se fue a ver al Ordenador General del Bienestar Público, desdeñando escalones intermedios que sólo hubieran servido para entorpecer su labor.

* * *

El Ordenador General del Bienestar Público tenía bastante trabajo, pero la cara de Lola tenía la virtud de hacer olvidar a los hombres de todo cuanto tenían entre manos. Así, pues, el señor Fawzi dejó a un lado el asunto que le atareaba e hizo pasar a la muchacha a su despacho.

Nos sentamos en sendos sillones en su confortable despacho, y Lola expuso concisamente, sin omitir detalle, todo cuanto sabía. Cuando terminó, vi la duda claramente retratada en las pupilas del Ordenador.

—Pero, mi querida señorita Skalda, eso que usted me cuenta es absolutamente increíble. Es una fábula, un cuento...

Lola apretó los labios.

—Señor Ordenador — dijo —, no tengo la costumbre de mentir.

Como buen egipcio, Fawzi tenía el rostro muy moreno, pero se puso de color escarlata al escuchar las palabras de la joven.

—¡Ejem...! Yo... quise decir... Bueno, lo más probable es que la hayan engañado y...

—Tenía toda mi confianza puesta en los diagnósticos del doctor Sandeman —contestó Lola, haciendo abstracción de las aficiones dipsómanas del viejo médico—, y no veo por qué iba a mentirme en un asunto que yo estimo de gran importancia, señor Ordenador.

—Bueno, señorita... Acaso... Yo, no digo que usted me mienta... sino que...

—Señor Ordenador: en la relación que le he hecho a usted de lo acaecido, hay dos puntos que no se pueden rebatir en manera alguna. Primero: la desaparición del cadáver de Callicut. Segundo: el asesinato del forense, en el cual la autopsia ha demostrado de modo concluyente no había los mismos síntomas que en el de Callicut y esto, sin contar el golpe que Sandeman recibió en la nuca y que, desmayándole, le impidió ver cómo se llevaban el cuerpo de Callicut. Mi sargento Holliver vio claramente las huellas del golpe, a pesar de que podemos concederle razonable beneficio de la duda de que se lo causara él mismo. Pero los otros dos hechos son ciertos, verídicos y son tan ciertos como la existencia del Sol y la Luna.

Fawzi se acarició pensativamente la puntiaguda mandíbula.

—Verdad, señorita Skalda, verdad. De todas formas...

—¿Qué? — inquirió ella, con cierta vehemencia. Pero Fawzi parecía un tanto reacio a hablar. —Mire, señorita, lo mejor sería... No, no, será mejor que siga usted con sus investigaciones. Aunque, si le he de decir verdad, estimo que va a serIe un poco difícil dar con el culpable.

—Lo único que deseo es su total apoyo, señor Ordenador — dijo ella resueltamente.

—Oh, por supuesto, señorita. Sin embargo, voy a hacerle una recomendación.

—Usted dirá.

—No... ¡ejem!... no divulgue, el informe verbal del doctor Sandeman. Obre como si todo fuera una cosa común y corriente, ¿me comprende? Lo que el doctor Sandeman vio, si es cierto que lo vio...

—No me cabe la menor duda, señor Ordenador. De lo contrario, ¿qué objeto tenía hacer desaparecer el cadáver de Callicut? — arguyó la muchacha con irrebatible lógica.

—Fawzi pareció convencerse.

—Muy bien, pues; demos como verídico tal informe aunque, desgraciadamente, Sandeman no tuvo tiempo de hacerla por escrito o grafónico. Esto sí que podría ser una prueba de relativo valor, de la cual carecemos ahora. Por lo tanto, en mi opinión... ¡hum!... lo más acertado sería... sería que usted no dijera nada, ¿me comprende? Y si alguno de los hombres de su Departamento conoció tal informe, encárguele silencio también. Opino que esta sería una forma más positiva de hallar al culpable, que no divulgando el que para muchos seria absurdo informe de Sandeman, ¿me comprende?

La chica asintió y se puso en pie, dando por terminada la entrevista.

—Comprendo, señor Ordenador, y le ruego me dispense por las molestias originadas — dijo.

—Oh, por favor, señorita Skalda, nada de eso.

Para mí ha sido un placer verla, un placer ciertamente fuera de lo corriente. Venga por aquí siempre que lo desee, ¿me comprende?

Fuera del despacho de Fawzi, Lola me miró y dijo:

—¿Qué opinas tú de Fawzi, Kabé?

—Soy sólo un «robot», Lola, y el Ordenador es un personaje importantísimo.

—Bueno, bueno, olvida su importancia ahora y contesta a lo que te he dicho — se impacientó la muchacha.

Vacilé.

—Pues verá... el puesto de Ordenador es muy delicado y... Yo creo que se ha portado muy diplomáticamente con usted, ¿sabe?

—Eso ya lo he visto, Kabé — murmuró Lola, enojada.

—Compréndalo; no podía obrar de otra forma.

Acaso, si usted hubiera sido un hombre y hubiera gozado de la suficiente confianza, le hubiera dicho sin rodeos, lisa y llanamente, la

verdad de lo que pensaba.

Lola lanzó un melancólico suspiro.

—Si —dijo—, ya lo sé. Que todo es una fábula, inventada por la calenturienta imaginación de un forense dipsómano, ¿no es así?

—Poniéndonos en el sitio del Ordenador, por supuesto, Lola.

La muchacha movió sus cabellos con un gesto impaciente.

—Pues yo creo a pies juntillas en lo que me dijo Sandeman. Bebiera o no, se necesita mucha imaginación para inventarse aquellas cosas. Y, de todas formas, ¿por qué habían de matar a Sandeman?

Esta era una pregunta a la que no pude dar mi respuesta. Ni ella tampoco, porque pasaron unas cuantas semanas, durante las cuales se hicieron incesantes pesquisas, de nulo resultado, por lo que aquel caso concluyó por ser archivado.

Y entonces, habiendo concluido yo mi «educación» policial, la Intermundial me destinó, porque alguien me había alquilado, a un laboratorio de investigaciones biológicas. Ésta es la vida de, los «robots»: servir a los humanos, porque para ello hemos sido construidos.

Hube de despedirme de Lola. La chica lo sintió; bien mirado, y aunque yo sea una máquina, había acabado por tomarme afecto. Estrechó mi mano entre las suyas y luego hizo algo, que no me causó ningún efecto, porque es un circuito que todavía no han colocado aún, que yo sepa, a ningún «robot»: el del azoramiento. De modo, que cuando me besó suavemente en una mejilla, no pude ponerme colorado y me quedé, por fuera, tan fresco. Por dentro sentí campanitas.

Dos días más tarde, y después de la obligada revisión de mis circuitos y engranajes, hacia acto de presencia en el Laboratorio.

CAPÍTULO II

El laboratorio, cuyo nombre no hace al caso, estaba dirigido por el doctor Paul Keller, un robusto muchachote de, unos treinta y cinco

años, cuya presencia era más indicada para colocarse ante las cámaras de cine que no para andar quemándose las cejas entre retortas y probetas y desojándose ante el microscopio. Pero, en fin, los humanos son así: empeñados constantemente en parecer lo que no son, y si ello les gusta, ¿qué circuitos puede importarle a un «robot»? Hemos sido construidos para servirlos y ayudarlas, y no para cambiar les de modo de ser.

No era un laboratorio de los más ricos, puesto que la empresa que lo sostenía se mostraba bastante tacaña en sus subvenciones, y así, aparte de mi, sólo tenía un ayudante el doctor Keller, llamado Boris Sperrle, un tipo rechoncho, malformado, taciturno y poco comunicativo, aunque infatigable trabajador. Torció el gesto cuando me vio entrar a mi, y por respeto a Keller no soltó un exabrupto, volviendo inmediatamente a su tarea de mezclar liquidas y ensayarlos en sus trastos de vidrio.

Keller vino hacia mí con una ancha sonrisa dibujada en su simpático rostro. Alargó la mano, sin preocuparse poco ni mucho del hecho que, yo fuese una máquina.

—De modo que este es el célebre Kabé, ¿eh? dijo, a guisa de saludo.

—El mismo, doctor. A su servicio incondicionalmente y con los mejores deseos de la Intermundial.

—Ya, ya, la Intermundial. Buenos están quienes la gobiernan y menudo saco de «garants» se embolsan con tu alquiler.

—No es cuenta mía la cuestión monetaria, doctor — dije, sin hacer caso de su cáustica y humorística observación.

—Me lo supongo, Kabé. Bien, y ahora, supongo Querrás saber cuál es tu labor, ¿verdad?

—Estoy a su disposición, doctor: Pero me gustaría saber por qué contrataron un «robot» para ayudarle.

Los azules ojos de Keller arrojaron chispas. —Porque los bandidos que me pagan son terriblemente avaros. Necesitaría al menos cuatro ayudantes más, aparte de Boris Sperrle, que es aquél que ves allí, tan atareado. Y ¿qué es lo que he conseguido? Que te manden a ti, para que hagas de todo, sirviendo lo mismo para un barrido que para un fregado. Y digo esto en su sentido literal, puesto que ni un mozo de laboratorio que haga la limpieza tenemos, ¿No te ofenderás porque te diga que tendrás que, coger la escoba?

—Los «robots» carecemos del sentido de la dignidad, doctor— contesté muy seriamente.

Keller me miró un segundo, luego se echó a reír y me tomó del brazo.

—Ven acá, Kabé. Quiero que te impongas en la tarea que tienes que realizar. Sé cuánto vales, y sé también que tu ayuda nos servirá de mucho.

Durante un par de semanas, no ocurrió nada de particular, excepto que en aquel tiempo yo llegué a saber de lo que allí se experimentaba tanto como Keller y Sperrle. Alterné la escoba con el microscopio, y a última hora llegué a poseer el mismo optimismo de Keller acerca de hallar —empeño idéntico al de todos los sabios habidos y por haber—, una panacea, remedio universal para todos los males, cosa que ello era lo que estaban buscando.

Por aquel entonces ocurrieron varias cosas, que citaré de modo cronológico, aunque se produjeron casi al mismo tiempo. Una de ellas fue el nombramiento de un tal Geo Argelander como Ordenador General del Bienestar Público, con el consiguiente cese de Fawzi.

Argelander hizo varios cambios en el personal que tenía a su disposición, así desde el día siguiente de haber tomado posesión de su cargo. Mi amiga, el capitán Lola Skalda, fue removida de su jefatura de la Brigada de Homicidios y enviada al cargo más intrascendente de Administración. Me supuse claramente la rabieta que tomaría la muchacha al verse tratada así y me prometí ponerme en contacto con ella en cuanto tuviera un momento libre.

El otro suceso que ocurrió, y este resultaba increíble de no poderlo ver con nuestros propios ojos, fue que la empresa que gobernaba el laboratorio decidió abrir la mano un poco, y contratar un nuevo ayudante para Paul. No supimos nada de ello hasta que se nos entró por las puertas de la casa algo así como una segunda Helena de Troya, Circe, o cosa por el estilo. Alta, esbelta, poseía unos cabellos negrísimos que le caían en radiante catarata por sus perfectos hombros, y unos ojos capaces de marear al hombre de más templados nervios. Paul creyó ver visiones, tanto por hallarse en presencia de aquella beldad, como por saber que iba a ser su ayudante.

Pero a mí el destino me guardaba una sorpresa más, con respecto a la chica, cuya edad calculé no superior a los veinticinco años, y fue su nombre y nacionalidad: Amina Fawzi, egipcia.

No pude contener mis circuitos.

—¿Hermana de Fawzi, el ex-ordenador? —inquirí.

Amina se volvió hacia mí.

—Exactamente, Kabé. ¿De qué conoces tú a mi hermano? — preguntó.

—Pues... me lo presentaron hace algunas semanas. El capitán Skalda, de la Policía.

—¿Skalda ... Skalda ... ? No le conozco, Kabé.

—Es lo mismo, señorita Fawzi. Sin embargo, lo que a mi me extraña es la deposición de su hermano.

El gesto de Amina se endureció.

—Hay ciertas cosas — dijo —, que es preferible no comentar.

No contesté. Retirándome a un lado, dejé que Paul se, enzarzase con la chica en una intrincada conversación, superabundante en términos científicos, cosa que, como yo sabía ya de sobra, no pudo interesarme en lo más mínimo. En lugar de ello, volví a mi microscopio, continuando el estudio de las muestras que allí tenía.

Durante dos o tres semanas, la vida continuó plácidamente en el laboratorio, lo cual quiere decir que se trabajó duro y de firme, sin concederse los humanos más que el tiempo imprescindible para el descanso. Pero un buen día, Sperrle, manejando una probeta, tuvo la mala suerte de romperla.

Aún más; se cortó la mano produciéndose una herida aparatosa, de la que manó sangre en abundancia, manchando de rojo cuanto tenía a su alrededor, entre ello, un par de vidrios que tenía yo dispuestos para su observación en el microscopio.

Sperrle soltó unos cuantos juramentos poco gratos de oír para unos tímpanos robóticos, cuando más para los de un humano, y Amina, comprensiva, lo tomó por un brazo.

—Venga por aquí, Boris, le dijo afectuosamente; y el hombre, sin dejar de soltar gruñidos, más que por el dolor por la molestia y los trastornos que aquello le causaba, obedeció.

Nos quedamos solos en el laboratorio Paul y yo, y éste volvió inmediatamente a su trabajo, sin conceder al incidente más importancia de la poca que en realidad tenía. En cuanto a mi, tomé

uno de los vidrios y lo coloqué en la platina del microscopio, bajo el ocular.

Lo hice de un modo distraído, casi maquinal —nunca mejor aplicada la frase—, y luego apliqué mi ojo derecho al ocular del aparato.

No solté un taco de los gordos por pura casualidad, pero motivos para ello los había de sobra. En el vidrio de ensayo habían caído un par de minúsculas gotitas de la sangre de Sperrle, cosa que me había pasado desapercibida al colocado en la platina.

Refunfuñando y autoinsultándome por mi descuido, iba a retirar ya el vidrio, colocando otro en su lugar, cuando, de pronto, mis células visuales captaron algo muy extraño.

Los glóbulos rojos se veían perfectamente, gracias al aumento del microscopio. Esto no era lo más importante, sino que en dos o tres de ellos se veían unas minúsculas chispitas de luz, que parecían moverse en el interior de los hematíes como agitadas por un extraño frenesí.

Las chispas luminosas, de una rara fosforescencia, con una tonalidad que no recordaban mis circuitos memorísticos, iban y venían en el interior de cada glóbulo rojo, como si buscaran una salida que no hallaban. Una de ellas, al fin, llegó a la pared del glóbulo y pareció hacer algo así como una fuerte presión para romper la cárcel que la aprisionaba. Lo consiguió y entonces, al pasar al plasma, chispeó con más intensidad todavía, pero sólo durante una décima de segundo, apagándose luego al instante.

Aquello me dejó notablemente perplejo. Jamás en el tiempo que llevaba, no sólo en el laboratorio, sino existiendo como «robot», había visto u oído hablar de tal cosa. Sin entenderlo, pues, y creyendo que Paul era persona mucho más indicada que yo para aclarar aquel aparente misterio, lo llamé.

—¿Doctor? — dije en tono normal.

—¿Qué hay, Kabé? .

—¿Tendría la amabilidad de venir y echar un vistazo aquí, a la preparación que tengo bajo el microscopio?

Paul dejó la probeta cuyo contenido estaba examinando al trasluz y me miró, entre divertido e intrigado a un tiempo.

—¿Qué ocurre, Kabé? ¿Has descubierto algún nuevo bacilo?

—Algo por el estilo, doctor. Venga, se lo ruego. El tono de mis palabras acabó por interesarle.

Dejó su probeta y, limpiándose ambas manos en la bata, vino hacia mi. Le dejé el sitio en la banqueta, y luego aplicó su ojo derecho al ocular.

Estuvo observando durante unos segundos, después de lo cual, alzó la cabeza.

—Kabé, ¿qué diablos te ocurre? —me preguntó—. Es sangre, ya lo veo; pero no encuentro nada anormal en ella.

—¿Cómo? Eso es imposible. Déjeme ver a mi, doctor.

Paul se echó a un lado, haciendo lo que le decían. Pude comprobar que, en efecto, los glóbulos rojos que ahí se veían, no adolecían del menor defecto. Me separé del microscopio, bastante, desconcertado.

—No lo entiendo, doctor — dije —. Cuando le llamé, acababa de ver...

Me interrumpí. Mis pupilas acababan de capta la imagen de otro de los vidrios que tenía yo dispuestos para la observación, que había sido salpicado también con unas gotas de la sangre de Sperrle.

—Déjeme un momento, por favor —dije, y cambié los dos vidrios rápidamente, notando más temperatura en mis circuitos de la que fuera deseable.

Cuando hube ajustado a la platina el segundo vidrio, pasé el aparato al doctor. Éste miró unos momentos y cuando levantó la cabeza, supe que acababa de ver lo mismo que yo había visto minutos antes.

—¡Santo cielo! — exclamó. ¡Es fantástico!

Nunca antes de ahora había visto tal cosa. ¿De quién es esta sangre, Kabé?

Señalé con el pulgar a mi espalda.

—De Sperrle, doctor. Por casualidad cayeron unas gotas en estos vidrios y...

Paul aplicó de nuevo su pupila al ocular, pero ya no pudo ver nada más. Aquellas chispitas de luz se habían extinguido de la misma forma que lo hicieran las anteriores.

Cuando terminó, se echó a un lado y encendió un cigarrillo, profundamente pensativo. —Esto—dijo—, no me gusta nada, Kabé. No me gusta nada. Sperrle podría estar atacado por un nuevo tipo de enfermedad, desconocida hasta ahora por nosotros, y no sabemos los efectos que tal enfermedad puede causar en su organismo. Tampoco sabemos si es contagiosa o no y…

—Podemos hacer una cosa, doctor — dije, y se la sugerí.

Paul me escuchó con atención y al final aprobó con un movimiento de cabeza.

—Muy bien; Kabé —dijo—; ha sido una buena idea. Yo iré a tomarle la muestra de la sangre. Emplearé cualquier excusa para no atemorizarle, y tú prepara mientras el microscopio electrónico, junto con el proyector. Así lograremos un cuarto de millón de aumentos y podremos ver claramente lo que ocurre en el interior de los glóbulos rojos.

—O.K., jefe — dije, disponiéndome inmediatamente a la tarea.

Me fui a una estancia vecina, donde se hallaba instalado un potentísimo microscopio electrónico, capaz de lograr los aumentos citados. Pero, para mayor comodidad del observador, tenía conectada una cámara de proyección, de modo que, en una pantalla frontera, se veía reflejada, con toda perfección, la preparación que se quería estudiar.

El tiempo me vino justo de poner las cosas en su sitio, cuando Paul regresó, ahora acompañado por Amina, cuyo rostro estaba más pálido que, de costumbre. Con mano experta, Keller colocó cada cosa en su sitio, y luego apagamos las luces.

Instantáneamente se iluminó la pantalla, un cuadrado de más de dos metros de lado. Paul graduó el microscopio con suaves movimientos, y no tardamos mucho en tener el primer hematíe, ante nuestro campo visual, con un diámetro de más de metro y medio.

Una triple exclamación brotó al unísono de nuestros labios. La chispa de luz estaba allí, brillando poderosamente, hasta tal punto, que su fosforescente luminosidad iluminó tenuemente la estancia. No pude contener un estremecimiento al ver aquello.

No era un resplandor corriente. Más bien parecía cosa de otro mundo, algo que no había existido hasta entonces, y lucía con un perverso resplandor, con un aura de maldad diabólica de infinita extensión,

como si hasta la misma sangre de Sperrle se hubieran infiltrado un millón de microscópicos demonios, poseyéndolo totalmente.

Aquella chispa de luz media un tercio del tamaño del glóbulo rojo. No tenía forma definida, sino que cambiaba de ella constantemente, cosa que no habíamos podido apreciar con un microscopio corriente. Tan pronto era redonda como se extendía en forma de estrella, con numerosos seudópodos o tentáculos, como se convertía en un largo bastón; pero no se estaba quieta un segundo, siempre, agitándose con relampagueantes movimientos. Pronto, salió disparada hacia una de las paredes del hematíe. Luchó y forcejeó en aquel punto y, hallándolo, al parecer, resistente, volvió al lado opuesto. Aquí triunfó y salió «fuera» del glóbulo rojo, pasando al plasma sanguíneo, cuyas irregulares divisiones a base de líneas rectas generalmente eran claramente visibles. Una vez que aquella chispa luminosa hubo salido de su prisión, se apagó.

Un segundo experimento nos dio el mismo resultado. Paul, entonces, redujo la potencia de aumento, de modo que pudieran observarse unas cuantas docenas de hematíes. Habría unos cincuenta o sesenta, calculo yo, de los cuales, unos quince poseían minúsculos cuerpos luminosos, que, poco a poco, fueron imitando a los anteriores, hasta desaparecer totalmente, dejando a los hematíes en su estado normal, como si no hubiera ocurrido nada.

Cuando todo se hubo concluido, Paul encendió dos cosas: la luz y un cigarrillo. Le vi el rostro brillante por el sudor y la mano que sostenía el pitillo muy temblona.

—¡Dios mío! — exclamó —. ¿Qué puede ser esto? Amina, ¿vio usted algo igual antes de ahora?

La muchacha, estremecida, negó rotundamente con la voz y la cabeza.

—No, nunca, doctor. Es algo... horrible, fantástico, increíble. ¿Qué clase de enfermedad es la que padece Sperrle?

—No lo sé —contestó Keller—. Y lo curioso del caso es que parece completamente normal. Hasta ahora, que yo sepa, no se le ha notado ningún síntoma extraño. ¿Viste tú algo raro en él, Kabé?

Moví la cabeza de derecha a izquierda. —No, en absoluto.

Hubo un momento de silencio. Después, Keller, dijo:

—Afortunadamente, hemos registrado en película las observaciones

que hemos hecho, de modo que podemos guardar una prueba indiscutible de lo que ha sucedido.

—¿Para qué? ¿Con qué objeto? — inquirió Amina, extrañada.

—Tengo fama de ser un buen biólogo — dijo, sin falsa modestia, Paul —, pero todavía los hay mejores que yo. Llevaré la película al doctor Samuel, para que la vea y me asesore.

—Me parece muy bien — dijo Amina, asintiendo al comprender.

—Sin embargo — observé —, antes de dar un solo paso, convendría hacer una cosa. Examínense su propia sangre; podría ser que ustedes llevaran en ella ese misterioso germen y...

Keller y Amina se miraron un instante y después, reaccionando, corrieron a una hacia el laboratorio. No se fiaron del microscopio óptico, a pesar de que éste les dijo concluyentemente que tenían la sangre limpia de todo germen; usaron el microscopio electrónico, no atreviéndose a respirar hasta que estuvieron completamente seguros de su primera observación.

Keller se dispuso inmediatamente a salir hacia el laboratorio donde trabajaba el doctor Samuel. Mientras le ayudaba a cambiarse, de ropa, hizo una observación que no pudo por menos de estremecer mis lámparas.

—Si la proporción es correcta, y puesto que Sperrle es un tipo sanguíneo, rico en hematíes, no debe tener menos de cinco millones de éstos por milímetro cúbico, o quizá más. Dejándolo en esta cifra, y viendo la proporción observada al microscopio, no es difícil calcular que un millón de cada cinco de sus glóbulos rojos padece esa extraña enfermedad. Multiplica ahora por unos cinco litros de sangre que tendrá en todo su cuerpo y... ¡No, sería demasiado horrible, Kabé!

—No tanto, doctor —repuse—. Piense que, hasta ahora, Sperrle no ha dado síntomas de hallarse enfermo, ni padecer nada. Después de curado, ha vuelto al laboratorio y está trabajando con toda normalidad.

—De todas formas, no me fío hasta que haya oído al doctor Samuel.

Keller regresó varias horas más tarde, con el semblante como el de un difunto. Amina y yo nos precipitamos sobre él, ansiosos, deseando oír el relato de su conversación con Samuel, pero las palabras que dijo el joven no tenían nada de alentadoras.

—No había nada en la película —dijo, sentándose en una silla, completamente abatido.

Nos quedamos como petrificados.

—¿Eh?

Keller movió la cabeza de arriba abajo con un gesto lleno de pesimismo.

—La película estaba velada —murmuró, de modo sensacional, dejándonos más fríos que un «iceberg».

CAPÍTULO III

Por aquel entonces, no ocurrió nada más. Sperrle fue observado atentamente, sin que se le notara nada extraño, y durante el tiempo que siguió, hizo una vida completamente normal. De un modo u otro, Paul se las ingenió para tomarle algunas muestras más de sangre, en intervalos semanales poco más o menos, poniendo como excusa que quería estar seguro de que la probeta que se rompió no le, había causado ninguna infección, pero aquellos misteriosos glóbulos luminosos no volvieron a aparecer más. Y Sperrle ignoró siempre, por completo, lo que le había sucedido en la sangre.

La cosa continuó así durante tres semanas, al cabo de cuyo tiempo, Sperrle desapareció.

En los primeros momentos, no ocurrió nada. Todos supusimos que se había tomado un par de días de vacaciones y, conociendo su taciturno carácter, no nos extraño que se hubiera ido sin despedirse siquiera. Pero cuando la ausencia empezó a prolongarse, Paul, Amina y yo empezamos a ponemos nerviosos.

Naturalmente, en estas condiciones, Paul no podía hacer más que una cosa: avisar a la Policía y a la empresa. La Policía hizo acto de presencia en el laboratorio, nos interrogó rutinariamente, y luego se marcharon los agentes tan frescos como habían venido. Por lo visto estaban muy acostumbrados a tal género de desapariciones y no le concedían la importancia que nosotros le dábamos.

Por otro lado, la dirección de la empresa hizo saber a Keller que, si la ausencia de Sperrle se prolongaba más de lo debido, y lo debido era un plazo prudencial de un mes, el ayudante debería considerarse como despedido.

Sin embargo, no fue preciso recurrir a una medida tan extrema. Un buen día, cuando ya casi nos habíamos olvidado de él, Boris Sperrle hizo su aparición en el laboratorio.

Amina lanzó un grito del mismo calibre sonoro que sí hubiera visto a un fantasma. Keller, sobresaltado por el alarido de, la muchacha, dejó caer una probeta que tenía en las manos, que se destrozó contra el suelo con un estallido de vidrios rotos, y lanzó un juramento poco académico.

—¡Sperrle! ¿Usted? ¿Dónde diablos se ha metido usted?

Observé el rostro del ayudante. Aparecía pálido, como si le hubiera ocurrido algo, como si durante todo el tiempo que había permanecido ausente del laboratorio, hubiera estado sufriendo los efectos de alguna grave enfermedad. Miraba sin profundizar y en sus pupilas había una total carencia de brillo, como si las cosas de este mundo le trajeran sin cuidado.

No fue nada explícito; en realidad, se negó a dar ninguna aclaración acerca de lo que habla hecho mientras estuvo fuera del laboratorio. Le, único que dijo fue:

—No tengo ganas de dar explicaciones. Si me admiten, bien; de lo contrario, me largo de nuevo.

Vi arrugarse el ceño de Paul y temí que el joven soltara algún bufido. Pero era prudente y calló, sobre todo, pensando en la escasez de personal.

—Está bien—dijo, contemporizando—. Kabé le dirá cómo van nuestros experimentos y...

—No necesito la ayuda de, ningún maldito saco de pernos — gruñó Sperrle, apartándome con una mano. Se fue a su sitio y empezó a trabajar como si no hubiera ocurrido nada.

Keller, Amína y yo nos miramos. Al fin, con un simultáneo encogimiento de hombros, dejamos a Sperrle entregado a su tarea y volvimos a la nuestra.

Una semana después, leí en el periódico televisado una noticia singular. Johnnie Bradden, el antiguo ayudante del doctor Sandeman, y que había ocupado su puesto al morir aquél, había aparecido muerto de dos disparos hechos por la espalda, en una desierta playa situada a unos cinco kilómetros al sur de la ciudad.

La noticia me conmocionó no poco, elevando notablemente la temperatura interior de mis circuitos. Aquello, a mi parecer, se semejaba razonablemente a la muerte de Sandeman, bien que los métodos empleados hubieran sido distintos en ambos casos. Pero el resultado había sido el mismo.

Después de leer aquella sorprendente noticia, estuve, un buen rato consultando con mis circuitos memorísticos lo que había de hacer en un caso así.

Tomé una decisión y se lo comuniqué al doctor y a Amina, haciéndoles participes de mis sospechas, después de haber explicado con todo detenimiento lo ocurrido con Sandeman.

—¿Había hecho Bradden alguna autopsia antes de morir? —fue la primera pregunta que me hizo Keller, una vez hube concluido mi relato.

—Lo ignoro. Sólo sé que ha muerto de dos balazos en la espalda y eso sólo quiere decir una cosa: asesinato: — contesté.

La palabra impuso silencio. Durante unos momentos, nos miramos mutuamente y, al fin, Keller, reaccionando, alargó la mano hacía el visófono.

—¿Qué va a hacer, jefe? — pregunté.

—Llamar a la policía, naturalmente.

—Tiene usted un magnífico espíritu de colaboración ciudadana, doctor —dije—, pero en este caso nos conviene andar con pies de plomo.

—¿Por qué?

—Déjeme actuar a mí unos momentos, por favor —rogué.

El doctor asintió. Llamé a la Central de Policía, pero pidiendo comunicación con el capitán Skalda, en lugar de la Brigada de Homicidios. No tardé mucho en ver en la pantalla el hermoso rostro

de Lola, iluminado por una radiante sonrisa de sincera alegría.

—¡Kabé! ¿Qué tal se encuentran tus circuitos?

—En magnífico estado, Lola. Quería pedirle un favor.

—Por descontado, Kabé. ¿De que se trata?

—Tengo aquí unos amigos a quien creo le agradaría conocer, Lola. ¿Nos invita a una copa en su casa? ¿A qué hora?

La muchacha no pecaba de tonta, ciertamente, y comprendió. Asintió con una suave sonrisa y dijo:

—Muy bien, Kabé, de acuerdo. ¿A las siete?

—A las siete en punto—repetí, y corté la comunicación.

—¿Por qué no se lo dijiste desde aquí, Kabé? preguntó Amína, con cierta curiosidad.

——Soy de los que, opino que en ciertos casos el ataque frontal no hace sino producir pérdidas innecesarias. Demos un rodeo y saldremos ganando, sin duda alguna; ya lo verán.

A las siete en punto estábamos en el apartamento de Lola, quien nos recibió en persona, vestida con un brillante traje de una sola pieza, color gris acerado, que realzaba su magnífica escultura. Paul Keller abrió la boca al verla y le costó un buen trabajo articular unas cuantas frases de cortesía en las presentaciones que yo hice.

Una vez hubo servido Lola las copas, entré en materia sin más preámbulos, y para concluir hice una pregunta:

—¿Sabe si Bradden había hecho alguna autopsia últimamente? ¿Sabe también si ha desaparecido, antes que él, algún cadáver del depósito?

Lola vaciló.

—En realidad, desde que me pasaron a Administración, he estado desligada por completo de la Brigada de Homicidios. Pero eso tiene, una fácil solución, llamaré inmediatamente al teniente Holliver.

— ¿Quién?, —exclamé con sorpresa— ¿Su antiguo sargento?

—Sí —respondió Lola con una ambigua sonrisa—. Ascendió a la semana siguiente de haberme marchado yo de allí y ahora tiene mi

departamento a su cargo.

—Es curioso —observé lacónicamente, y luego aguardé el resultado de la conferencia de Lola. Cuando ésta hubo terminado de hablar se volvió hacia nosotros.

—Lo siento — dijo —. Holliver manifiesta que desde la desaparición de Callicut no se ha vuelto a producir otra en la Morgue.

—¿Y no hay ningún indicio acerca de la muerte do Bradden? Quiero decir, si se le conocía algún enemigo...

—No. Holliver dice que se le encontró despojado de todo su dinero y hasta del reloj de pulsera...

No pude contenerme y solté un humano reniego. —¡Al diablo con todo eso!—exclamé—. ¿Quién va a matar a Bradden solo por robarle un par de cientos de «garants» y un reloj de pulsera? Esos tiempos ya pasaron, y hoy la gente mata por unos motivos más lógicos.

Los ojos de Lola se abrieron.

—Kabé, ¿quieres decir que si despojaron el cadáver fue por despistar a la Policía? —Exactamente. Ni, más ni menos.

Lola bajó la vista un instante y luego murmuró: —Según eso, las muertes de ambos forenses tendrían que estar relacionadas íntimamente la una con la otra.

—Abundo en su opinión, Lola. Para mi que Bradden debió hacer alguna autopsia más del mismo calibre que la que hizo Sandeman, pero más astuto que éste, calló, temiendo correr su misma suerte.

—Lo cual no le impidió morir más tarde — dijo Amina.

—Pero ¿cómo es posible que Bradden se callase un descubrimiento de tan sensacional importancia, Kabé? —preguntó Keller—. Con el de Sandeman, ya hubieran sido dos testimonios iguales, porque Sandeman lo declaró primero al sargento Holliver, ¿no es así? Y si Holliver se hubiera encontrado con dos manifestaciones idénticas, entonces ya no hubiera sido tan escéptico, sobre todo cuando a Bradden no se le conocían aficiones dipsómanas y era un hombre, según creo, completamente normal y ponderado.

Me froté la mandíbula, bastante desconcertado.

Los argumentos de Keller no tenían vuelta de hoja.

—Sin embargo, el pobre Johnnie quiso aguardar a confirmar lo que vio mediante una segunda autopsia. Él sabia lo que le había ocurrido a Sandeman y debió sospechar que éste murió por charlatán, de modo que no quiso arriesgarse a decir nada, antes de estar bien seguro de ello.

—Pero Holliver dice que no ha desaparecido ningún cadáver de la morgue — objetó Lola.

—Acaso no haya sido necesario hacerlo desaparecer esta vez —dije—. La primera ocurrió porque Callicut era un personaje relativamente importante y Sandeman, luego, quiso hablar. Ahora bien, supongamos que Bradden descubre lo mismo que descubrió Sandeman y calla. Después, alguien se entera de que el forense ha descubierto un segundo misterio idéntico al anterior y de que ha callado, manteniéndose a la expectativa. Sólo Bradden sabe lo que ocurre, pues a nadie se lo ha comunicado El cadáver que éste ha examinado, ha recibido el destino legal correspondiente ya, y, por lo tanto, no es necesario hacerlo desaparecer. Pero Bradden sigue siendo un peligro, porque está al acecho de nuevos cadáveres con las mismas características que presentaba Callicut. Ese peligro debe ser eliminado... y Bradden es llevado a una emboscada, en donde le pegan dos tiros y lo arrojan a la playa. Con Bradden muere el secreto y...

—Hay un punto flaco en tus argumentaciones, Kabé — movió Lola la cabeza —. Según tú, esos misteriosos asesinos, van a estar matando a todo forense que haga un descubrimiento similar.

—Pero un día conseguirán infiltrar un forense complaciente y aquel día todo volverá a la normalidad — dije.

—Eso quiere decir que nos encontramos ante un problema sin, fin — murmuró Amina con desaliento.

Sacudí la cabeza enérgicamente, a riesgo de averiar mis circuitos positrónicos.

—No. Todos los problemas tienen fin. Y el nuestro...

De pronto, Lola lanzó una exclamación, al mismo tiempo que alargaba la mano.

—¡Un momento! — exclamó —. Se me acaba de ocurrir una idea. Bradden no comunicó a nadie, pero bien pudo hacer un informe

reservado y guardarlo en algún sitio, ¿no es así? Incluso hasta pudo tomar fotografías del cadáver y…

Keller chasqueó los dedos excitadamente.

—Es muy posible —dijo—. De lo contrario, al no decir nada, muy bien pudiera vivir todavía, puesto que el asesino no hubiera sabido nada. Pero debió enterarse de que Bradden guardaba una carta en la bocamanga y lo liquidó.

—Muy bien — terció Amilla —. Y suponiendo que exista, ¿dónde está ese informe? ¿Dónde guardó Bradden sus hipotéticas fotografías?

Nadie respondió a la egipcia. Todas las conjeturas que se habían hecho empezaban a vacilar ahora por su base. Sí, Johnnie podía haber hecho todo cuanto habíamos mencionado; pero si no lo encontrábamos, nuestras palabras no pasarían nunca de ser meras hipótesis, sin ninguna prueba, sin nada real en qué apoyarse.

Por un momento permanecimos todos callados; luego, Lola dijo:

—Yo tengo una idea que acaso dé resultado. Sin embargo, necesitaría que el doctor me prestase a Kabé durante unas cuantas horas.

—No tengo ningún inconveniente que oponer. ¿De qué se trata, señorita Skalda?

—Kabé y yo iremos, de modo subrepticio, por supuesto, a registrar la casa de Bradden …

—Eso ya lo habrá hecho la policía — sugirió Amina, con cierto desdén.

—Pero, ¡oh, yo conozco a los hombres de mi antiguo departamento! —sonrió Lola—, de un modo rutinario, porque no habrán sido capaces de relacionar los hechos tal como acabamos de hacer nosotros. Y sabiendo lo que buscamos, acaso demos con ello antes quizá de lo que nosotros mismos esperamos.

—Muy bien, pues —asintió KeIler—. ¿Cuándo piensa llevarse a Kabé?

—Esta noche —respondió Lola sin vacilar.

* * *

Las tinieblas fueron rotas bruscamente por un delgado hilo de luz que alumbró el pavimento ante nosotros. Nos movíamos cuidadosamente, procurando no hacer el menor ruido, en tanto fuera rugía la tormenta y los golpes de agua azotaban de continuo los vidrios de las ventanas.

Un relámpago brilló de pronto, disparando duras sombras de muebles y personas contra las paredes. La luz se extinguió tan rápidamente como había venido y nosotros quedamos allí, inmóviles, aguardando el estampido del trueno, que no tardó en producirse.

Cuando aquellos cientos de ferrados carros dejaron de rodar sobre el suelo de planchas metálicas, nosotros continuamos nuestro avance, hasta hallarnos en el centro de la estancia. Cada uno de nosotros íbamos provistos de linternas, con las que guiábamos nuestros pasos.

Sin intercambiar una sola palabra, sabiendo de antemano cada uno lo que teníamos que hacer, Lola y yo nos entregamos a nuestras pesquisas, actuando en completo silencio, alumbrando con las lámparas portátiles únicamente el lugar en que actuábamos.

Durante un buen rato, no hallamos nada de particular. Lo registramos todo concienzudamente, milímetro a milímetro, sin dejar un mueble ni un rincón por mirar. Pero al cabo de dos horas, tuvimos que darnos por vencidos, y nos .reunimos de nuevo en el mismo sitio.

Con las lámparas apagadas, Lola y yo nos miramos a la breve luz de un relámpago, completamente desalentados.

—No dejó nada — murmuró ella, abatida.

—¿Y entonces... ?

—Tendremos que irnos de aquí, fracasados.

—¿Y esperar que maten otro forense curioso?

Lola se estremeció.

—No; eso nunca, Kabé. Pero si el pobre Johnnie no dejó nada...

—No se desaliente, Lola. Tenemos tiempo de sobra y nadie, sino mis amigos, sabe que estamos aquí. Por lo tanto, aun queda espacio suficiente para hacer otro recorrido, ¿no le parece?

La chica se encogió de hombros.

—Bueno, Kabé, como quieras — respondió, no del todo convencida.

Reanudamos de nuevo nuestra tarea, procurando mirar ahora en lugares que antes podían habérsenos pasado desapercibidos. Golpeamos con suavidad aquellos puntos que podían sonar a hueco, recorriendo las paredes con terrible minuciosidad, y repasando hoja por hoja los libros que Johnnie había tenido en una estantería. Pero a última hora empecé a notar señales de fatiga en mis circuitos.

Una hora más tarde, ya no quedaba nada que mirar. Desilusionada, la chica iba a dar la orden de partida, cuando, antes de hacerla, reparó en una tabaquera que, había sobre una mesita auxiliar, donde antiguamente se sirvieran el café y los licores.

Tomó maquinalmente uno de los cigarrillos, bastante desordenados, pues ya habíamos mirado la cigarrera antes, y lo golpeó contra la uña de su pulgar. Bruscamente, el papel del cigarrillo, reventó como si algo en su interior lo hubiera estado sometiendo a una fuerte presión.

—¡Caramba!

Lola lanzó una exclamación de, asombro. Y yo también, ¡qué hombres!

Había motivos para ello. Al deshacerse el cigarrillo, algo saltó al suelo agitándose como una serpiente cortada por la mitad. Mis lámparas visuales captaron en seguida que se trataba de una cinta de película y me incliné para tomarla. Mientras lo hacía sacaba toda clase de deducciones sobre lo que podía estar impresionado en ella.

Pero en el momento en que mis dedos tocaban aquel trozo de «film», una voz perentoria sonó en la estancia, al mismo tiempo que un chorro de luz inundaba la atmósfera.

—¡Dejen eso donde está y no lo toquen si quieren vivir!

Me quedé completamente inmóvil, con el cuerpo todavía curvado. Había en la puerta, que se había abierto y cerrado en absoluto silencio, de modo que no lo habían percibido ni siquiera mis sensibles circuitos auditivos, un hombre, cuyo rostro no veíamos porque se lo ocultaba con las solapas subidas de su chorreante impermeable. Y en la mano tenía una pistola de pavoroso aspecto, capaz de segar nuestras vidas en medio segundo con una ligera presión de gatillo.

Durante un segundo permanecimos los tres en la misma posición. Lola continuaba con la lámpara eléctrica en su mano izquierda. De pronto, la mano de Lola se alzó, y en el mismo instante, un deslumbrante

relámpago de blanquísima luz creó por un segundo un sol artificial en la estancia.

El desconocido se sobresaltó. Lanzó un atroz juramento, y aquello fue lo último que habló en su vida, porque en el mismo instante, Lola sacó una pistola y lo abatió de dos certeros disparos hechos en un quinto de segundo.

CAPÍTULO IV

Confieso que no me agitaron tanto los disparos hechos por Lola, como el modo tan hábil con que había sabido deslumbrar a nuestro enemigo. En tanto éste yacía en el suelo, yo miré con infinito respeto a la muchacha, quien, con toda sangre fría, ya se había guardado la pistola en el bolsillo del grueso chaquetón con que se había equipado para salir aquella noche de casa.

—¿Cómo se las ha arreglada para hacer eso? pregunté.

Una débil sonrisa apareció en los labios de la chica. Levantó la linterna y dijo:

—Esta lámpara tiene dos usos: uno, el normal que has visto, y otro, para ser empleada como «flash» en fotografía. En cuanto oí la voz del tipo, moví el cambio de intensidad y luego... Bueno, ya lo has visto tú, ¿no, Kabé?

—Ciertamente —repuse, lamentando no ser humano para poder tragar saliva; era algo que me estaba haciendo muchísima falta en aquellos momentos.

Después nos acercamos al individuo que yacía en el suelo, retorcido sobre sí mismo, todavía reflejada en su rostro la sorpresa que le había acometido al ver frustrados sus propósitos tan inesperadamente.

La puntería de Lola había sido magnífica, aunque, por otra parte, era de deplorar que el humano hubiera muerto, ya que así no hablaría más, llevándose consigo a la tumba el secreto de la persona, que lo había enviado a recoger lo que nosotros habíamos hallado con tanto trabajo. No llevaba nada encima que pudiera identificarlo, lo cual nos

dijo que debla ser un vulgar asalariado del hombre que había ordenado la muerte de los dos forenses.

Durante unos Segundos, Lola y yo permanecimos allí quietos, en silencio, tratando de hallar una solución al asunto. Ciertamente, si se descubría la presencia de la chica allí, podría costarle un grave disgusto, cosa que no seria muy atenuada por el hallazgo de las películas que Johnnie había tenido tiempo de impresionar antes de morir. Al cabo de un rato, ella dijo:

—Tenemos Que hacer algo, Kabé…

—Marcharnos, ¿verdad?

—Sí, pero…

Comprendí que le desagradaba irse de allí sin profundizar un poco más en el asunto. Una de mis lámparas titiló de pronto en el interior de mi cuerpo.

—¿Qué le parecería si nos llevásemos el cuerpo del delito? —sugerí.

—¿Adónde, Kabé?

Me rasqué la nuca, dudando.

—No sé por qué, pero me gustaría verle las tripas al fulano este, Lola.

Los ojos de la muchacha se iluminaron de pronto. —Kabé, ¿crees tú que…?

Asentí con la cabeza.

—Probar no cuesta nada, ¿no le parece?

—Sí, claro —— murmuró—. Pero yo carezco de los conocimientos necesarios para…

—¡Oiga! ¿No tiene usted un amigo médico de su confianza? Puede ser que el muerto sea una persona normal; pero si resulta todo lo contrario, esto, unido a las declaraciones de Sandeman y las fotografías que tomó el pobre Johnnie, podría constituir una serie de pruebas que nadie se atrevería a rechazar.

—Es cierto—murmuró ella, y de pronto, sus ojos se iluminaron nuevamente —. Tengo un buen amigo…

—¿Será capaz de arriesgarse por usted y hacer una autopsia a espaldas de la ley? —pregunté con duda.

—Estoy segura de ello. El doctor Waldmeier bailaría por mí de coronilla si yo se lo pidiese.

—Muy bien —dije, y señalé el visófono que había encima—. Llámele y recuerde que ya no tenemos mucho tiempo; pronto se hará de día y no podremos salir de aquí.

Durante unos momentos, Lola habló con el doctor Waldmeier, viejo conocido suyo, un hombre de agradable aspecto, que había rebasado ya la cincuentena, y que no mostró la menor sorpresa cuando la chica le anunció que le llevaba un paciente gravemente enfermo para reconocerlo. Después, yo llamé a Keller, pues no quería se perdiese aquello, ya que, en cierto modo, estaba interesado en el asunto, y después de darle la dirección de Waldmeier cerré la comunicación.

Cargué con el cadáver del individuo a cuestas, y salimos del apartamento, no sin observar las naturales precauciones. Tuvimos suerte de no ser vistos por nadie, y así, en pocos minutos; estuvimos instalados a bordo del helicóptero de Lola, que partió al instante, ascendiendo raudamente de la calle al cielo, a través de la espesa cortina de lluvia que continuaba cayendo incesantemente.

Llegamos casi al mismo tiempo que Keller y Amina. Waldmeier se asombró al ver tanta gente, y no pudo evitar una mueca de disgusto al enterarse de que no había tal enfermedad, sino una autopsia.

—Si se entera la Policía, puede costarme un disgusto — arguyó.

—No tema —dijo Lola—; yo cargo con todas las consecuencias.

—Es muy fácil decirlo, pero... ¿Por qué quieres que raje a este tipo? Demasiado se ve que ha muerto de dos tiros. ¿Quién se los pegó?

—Yo —contestó Lola sin pestañear, dejando fríos, no sólo a Waldmeier, sino también a Keller y Amina, quienes ignoraban que había sido la muchacha la que había disparado contra el desconocido en legítima defensa.

—¿Tú? —se asombró Waldmeier.

—Sí, pero... ¡vamos, doctor, dese prisa!

—¿Es que esperas encontrar algo raro dentro del cadáver, muchacha?

Lola me miró y dijo:

—Anda, Kabé; enséñale las fotos al doctor Waldmeier.

Obedecí, pasándole el carrete con los «films» impresionados. Hubo de mirarlos al trasluz, pues aún no habían sido positivados, pero para un ojo entendido, aquello se veía fácilmente.

—¡Diablos! —exclamó Waldmeier a media voz, apenas hubo echado un vistazo a los «films», y repitió—: ¡Diablos! Lola, ¿acaso esperas que ese individuo...?

La muchacha asintió fríamente.

—Daría mi mano derecha en la seguridad de acertar, doctor.

Las palabras de Lola tuvieron la virtud de galvanizar a Waldmeier.

—Muy bien; ahora, yo también estoy tan interesada como tú en echarle las tripas fuera a este individuo, pásalo a la sala de operaciones.

Cargué de nuevo con el muerto, depositándolo sobre una mesa, en tanto Waldmeier y Keller, éste como su ayudante, se disponían a actuar. Mientras, desnudé al individuo, cubriéndole luego la parte baja del abdomen con un paño blanco.

Unos minutos más tarde, bajo la cruda luz de la lámpara, los dos médicos comenzaban su trabajo, en medio de un absoluto silencio, interrumpido únicamente por los metálicos sonidos de las herramientas que eran utilizadas primero y desechadas después. Amina, también médico, coadyuvó en la operación, y no pasaron muchos minutos sin que la caja torácica del muerto estuviera echada a un lado.

El espectáculo era ciertamente repelente, pero no pareció impresionar poco ni mucho a Lola, la cual lanzó un grito de satisfacción al ver lo que había en el interior del pecho del muerto. Luego, añadió:

—¡El cráneo, ahora, doctor Waldmeier!

El siniestro chirrido de la sierra del cirujano se oyó casi al instante. La tapa craneana fue dada de lado y el interior de la cabeza quedó completamente al descubierto.

Mientras tanto, yo no había perdido el tiempo.

Armado con una cámara fotográfica que me había suministrado el mismo Waldmeier, impresioné numerosas placas de toda la operación, de modo que, una vez reveladas y positivadas, se advirtiera no había habido la menor trampa ni engaño. Cuando aquello se termino Waldmeier tuvo que sentarse en una silla, pues se había quedado repentinamente sin fuerzas en las piernas.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¡Es absurdo, increíble... pero... cierto! ¡Qué conocimientos científicos tan enormes debe tener la persona que ha hecho posible tal maravilla!

Para contrarrestar el olor del formol, Lola distribuyó cigarrillos. Expulsó el humo del suyo y dijo serenamente:

—Unos conocimientos tan grandes como nunca los ha habido hasta ahora en la redondez de nuestro planeta, doctor Waldmeier y ustedes —añadió dirigiéndose a Keller y Amina —, convendrán en que es cierto.

Keller, todavía muy torpe, asintió con un balbuceo apenas inteligible. Amina parecía a punto de desmayarse. .

Después de que hubo pasado un rato, los humanos se rehicieron y entonces Kaldmeier inquirió:

—¿Qué piensas hacer ahora, Lola?

La muchacha recapacitó unos segundos antes de contestar.

—Hablaré primero con el Ordenador, a fin de exponerle todos los hechos desde su principio. Después... ¡pero yo no comprendo qué utilidad puede tener tal operación quirúrgica en un ser humano! ¿Por qué, por qué se la han hecho?

—Esa es una pregunta de muy difícil respuesta, señorita Skalda —dijo Paul—. Que yo sepa, se conocen tres casos: el de Callicut, el del hombre a quien hizo la autopsia Bradden y éste. En el primero, murió el doctor Sandeman; en el segundo, Johnnie, y ahora... este individuo, porque nos amenazó.

—Lo cual —sugirió Amina—, quiere decir que, sea quien sea el autor de tal maravilla mecánico-quirúrgica, desea mantenerla en absoluto secreto, sin que para ello haya de reparar en medios, cualesquiera que sean éstos.

—¿Por qué ese secreto? — preguntó Lola, y Amina se encogió de

hombros.

Yo tenía casi la respuesta a flor de altavoz, pero me callé; quería que la adivinaran los humanos por si mismos. Paul chasqueó de pronto los dedos y dijo:

—¿No será, que alguien está tratando de crear una raza de superhombres?

—¿Eh? —se sobresaltaron Lola— y Waldmeier al mismo tiempo.

Paul se puso en pie, señalando el cadáver.

—Un ser humano así, como éste, tiene la apariencia normal, pero su interior es distinto en dos cosas fundamentales: el corazón y el cerebro. Sólo recibirá órdenes de una persona y...

Un súbito escalofrío de terror corrió por todas las espaldas de los presentes. La imagen de millones de seres, obedeciendo el capricho de un supermaniático se proyectó por un instante en la mente de los cuatro humanos.

Lola se puso en pie, súbitamente resuelta.

—No podemos demorar más este asumo — dijo—.

He de ver al Ordenador cuanto antes. SI tuviera la seguridad de que el Secretario del Interior me iba a recibir a mí, iría a ver a éste en persona antes que a aquél, pero no puedo hacer otra cosa. De todas formas, creo que Argelander, a la vista de las pruebas que le presentamos...

—¡Escuche, señorita Skalda! ¿Por qué no le llama desde aquí? —sugirió Paul—. Una vez haya establecido la comunicación, coloca el objetivo del visófono, de modo que él mismo pueda ver lo que hay en el interior del muerto. Esto convencerá a Argelander más de lo que puedan hacerlo nuestras palabras y las fotografías que le presentemos.

—Es una buena idea —dijo la muchacha, yéndose inmediatamente hacia el aparato.

Miró hacia la ventana. Ya empezaba a clarear el día, y era seguro que Argelander no refunfuñaría mucho por anticiparle en una hora el momento de despertar. Lola tocó el conmutador del visófono, pero no llegó a establecer la comunicación.

Súbitamente, tres o cuatro hombres, todos ellos armados con pistolas neutrónicas, hicieron irrupción en la estancia. La sorpresa fue tan absoluta que no nos dio tiempo a movernos.

—No se muevan — gritó uno de ellos, el que llevaba la voz cantante vio a Lola al Iado del visófono y movió su pistola —; ¡Apártese de allí guapa, o la tuesto los nervios!

Muy pálida, pero perfectamente dueña de sí misma, Lola obedeció.

Waldmeier, indignado, se fue hacia los asaltantes.

—¿Qué es lo que quieren ustedes de mi? — dijo.

—¡Aparta, viejo! — gruñó el pandillero, apoyando sus palabras con un fenomenal golpe del cañón de su pistola en la frente de Waldmeier. El doctor lanzó un ahogado gemido y se desplomó al suelo.

¡Amina chilló, despavorida, refugiándose en los brazos de Keller, cuyos ojos arrojaban chispas. Yo, por mi parte, me abstuve de tomar parte en la refriega; era una cuestión a dilucidar entre humanos, y no podía intervenir en ella, so pena de quebrantar las leyes robóticas.

—Vosotros: —dijo el jefe del «gang» dirigiéndose a sus compinches—, cargad con eso, ¡pronto! ¡Tenemos los minutos contados!

Los ojos de Lola centellearon.

—¿Cómo? ¿Es que van a...?

—Exactamente lo que estás pensando, preciosa —dijo el bandido, con perversa sonrisa—. Nos vamos a llevar a ese fiambre, y ahora mismo.

Mientras que el jefe hablaba, sus esbirros habían cargado con el cadáver. Después, aquél añadió:

—Sé que tienen ustedes en su poder unas fotografías muy curiosas, y veo ahí una cámara con la cual seguramente han impresionado otras más. Quiero lo uno y lo otro, ¡rápido!

—¡No! —gritó Lola.

La pistola neutrónica del bandido se agitó amenazadoramente.

—¿Conoce los efectos de una descarga neutrónica, aunque sea a baja tensión, guapa? ¿No? Pues es mejor que siga con su ignorancia. ¡Vamos, las fotografías!

Lola se mordió los labios y me miró, como consultándome en silencio. Dije que sí con la vista, que cediera. No se hallaba en condiciones de repetir el golpe anterior, pues el granuja estaba a muy corta distancia de ella y podía dañarla si disparaba su pistola neutrónica. Lola lanzó un suspiro, que dilató su esbelto seno por un instante, y luego arrojó la cinta con la película, que el bandido atrapó al aire con un hábil gesto.

—Ahora la cámara, ordenó.

Se la di, ¿qué remedio nos quedaba sino obedecer? El bandido, viendo que sus compinches desaparecían, optó por emprender la retirada. Desde la puerta, sonrió malignamente una vez más y dijo:

—Un consejo de amigo: olvídenlo todo. Olviden todo lo sucedido, y no abran la boca; de lo contrario, podría costarles muy caro, ¿entendido?

El tipo cerró la puerta con fuerte chasquido, y se marchó, dejándonos sumidos en una absoluta desolación, Habíamos visto, si, lo que había en el interior del cadáver; pero, ¿de qué podrían servir nuestras manifestaciones sin pruebas? A pesar de que yo soy un «robot» y no miento, lo menos que pensarían de mi es que tenía algún circuito desajustado y me enviarían inmediatamente al taller, cosa que, como puede comprenderse, no me hacía mucha gracia. Y en cuanto a los humanos, apenas abrieran la boca, llamarían a los enfermeros de algún Sanatorio Psiquiátrico, bien provistos de camisas de fuerza: sencillamente, los considerarían como casos perdidos,

Pero el doctor Waldmeier seguía en el suelo, sangrando profusamente por la brecha que en su cráneo había abierto la pistola del forajido. Era deber primordial nuestro atenderle antes de hacer otra cosa, y lo tendimos en la misma mesa de operaciones que unos momentos antes había ocupado el cadáver del forajido.

KelIer y Amina se dispusieron a curarle, viendo que, salvo la hemorragia, que se cortó fácilmente con unos agrafes, no tenía otra cosa de particular, en tanto que Lola, muy nerviosa, se paseaba fumando incesantemente por la estancia, meditando acerca de la

futura línea de conducta a seguir.

Mientras tanto, yo me dediqué a limpiar la sangre caída el suelo y, de pronto, no sé por qué irreprimible impulso se me ocurrió tomar una muestra de ella y analizarla al microscopio. La temperatura interna de mis mecanismos aumentó tanto, que los timbres de alarma chirriaron estrepitosamente, pidiéndome a toda prisa unidades de refrigeración, si no quería convertirme en un montón de chatarra y plástico.

¡La sangre de Waldmeier estaba afectada por aquellos corpúsculos luminosos, de tan extraña procedencia y que desaparecían a los pocos momentos de estar en contacto con el aire exterior!

—Jefe —llamé a Keller aparte.

El médico vino hacia mí, con aire preocupado.

Le señalé el microscopio con el índice y Paul, sin más, aplicó su ojo derecho al ocular.

Permaneció así unos segundos, y luego, terriblemente consternado, se puso en pie.

—¡Dios mío! ¡Waldmeier también atacado de la misma enfermedad que Sperrle!

—Hasta ahora no hemos visto que a Sperrle le haya producido ningún daño la enfermedad, porque no podemos considerar como daño su ausencia.

—Eso es cierto — dijo Paul, hondamente preocupado —. Pero ¿qué misterio encierran esos gérmenes tan extrañísimos?

—No sé por qué —me froté la mandíbula—, me parece que deben estar relacionados con todo este asunto.

—¿En qué forma, Kabé?

—Lo ignoro, doctor. De momento, no hallo el nexo de unión, pero es indiscutíble que tiene que haber un eslabón que sirva para unir los dos casos. En el momento en que descubramos ese eslabón, tendremos resuelto el noventa por ciento del problema.

—¿Lo crees así, Kabé?

Miré hacia la cama, en donde Waldmeier empezaba a dar signos de vida.

—¿Quiere que le diga mi opinión, doctor?

—Para eso te tengo, Kabé —contestó Paul, muy amoscado.

—Pues bien: observe a Waldmeier. Obsérvelo atentamente día y noche, sin abandonarlo un solo momento. Dígale que el golpe le ha producido esto o aquello; cualquier excusa, en fin. Pero que no se quede solo ni un segundo, ¿me comprende?

CAPÍTULO V

Por aquel entonces empezaron a ocurrir cosas muy extrañas y curiosas al mismo tiempo.

Las Comisarías de Policía empezaron a atestarse de denuncias de gente que desaparecía misteriosamente, sin ningún motivo aparente para hacerlo. Un trabajo intensivo recayó sobre los agentes, trabajo que luego resultaba completamente inútil, puesto que al cabo de unas tres o cuatro semanas los desaparecidos reaparecían, sin querer dar explicación alguna de las causas que habían motivado su incomprensible ausencia.

Hubo de todo: hombres, mujeres y niños, y personas de todas clases y condiciones sociales. Naturalmente, la cosa no fue tan extensa que llegara a alarmar a los periódicos, puesto que, además, ocuparía en distintos puntos del globo, y de una forma completamente lógica, si es que la palabra tiene su aplicación en este caso, quiero decir, que como ocurría en tantos lugares a la vez, y de una forma tan enormemente dispersa, nadie reparó en tal cúmulo de coincidencias. Lo mismo desaparecía un esquimal, que un lama del Tíbet o un porteador de «safari», que un médico, coronel de cohetes o repartidor de periódicos. Es decir, que no había actividad social que se viera libre de aquella plaga, pero hecha tan hábilmente, que no había modo, excepto para los pocos iniciados que éramos, de relacionar una ausencia con la otra.

En algunos sitios hubo cambios. El presidente de la Intermundial Robótica fue sustituido, y lo mismo ocurrió con el Secretario de Agricultura. En escalones inmediatamente inferiores, también hubo cambios, de modo que no me "extrañó nada que un buen día Paul, quien no cesaba de vigilar a Waldmeier, me anunciara que había sido

despedido de la empresa en que trabajaba, la cual había confiado el mando de las investigaciones al doctor Boris Sperrle. Amina también corrió igual suerte, siendo reemplazada por dos jóvenes médicos recién graduados en biología.

En cuanto a Lola, ya había sufrido su cambio mucho tiempo antes, y por ahora no parecía fuera a ser removida de su cargo en Administración. Pero, tras algún tiempo, Argelander fue sustituido, de modo inexplicable, siendo colocado en su sitio el que lo había ocupado anteriormente, Fawzi, el egipcio, hermano de Amina. Argelander se marchó de vacaciones, y ahí quedó la cosa.

En cuanto a la Intermundial Robótica, así como las otras compañías que se dedicaban a la fabricación y alquiler de «robots» con aspecto humano — ninguna los vendía; sólo los alquilaba —, empezaron a sufrir pérdidas, de tal modo que pronto se pudo pensar en empapelar las habitaciones con las acciones que circulaban en el mercado. Esto sucedió porque, de repente, la gente dejó de interesarse por los «robots», hasta tal punto, que los almacenes de la Intermundial empezaron a atestarse de congéneres míos, en cuyos hombros se acumuló el polvo que apenas si había tiempo, tantos había, de limpiar.

Yo estuve a punto de correr la misma suerte, pero en el momento en que ya iba a ser enviado a un polvoriento almacén de clasificación, Lola firmó un contrato de alquiler, ajustándome como criado personal suyo. La cosa estaba en regla y la Intermundial necesitaba dinero, de modo que cuando Lola llenó su solicitud, el encargado del negociado estuvo a punto de besar el suelo que la muchacha pisaba. Y tenía razón, pues los despidos habían comenzado ya, y todos los empleados de la Intermundial temían despertar encontrándose anotados en las listas de parados del gobierno. El subsidio de parado es relativamente confortable, pero, lógicamente, no puede sustituir a un buen salario, como era el que la Intermundial pagaba a sus empleados.

Al mismo tiempo, las espaciolíneas que nos relacionaban, no sólo con los planetas del sistema, sino con los otros de las estrellas más cercanas a la Tierra, empezaron a resentirse de una aparente falta de tráfico. Hubo que retirar unas cuantas, naves de servicio y, naturalmente, aumentó el número de parados. Esto a su vez, motivó una cadena, cuyo fin era difícil de prever.

Al haber menos espacionaves en servicio, las necesidades de combustible se reducían, la fabricación y transformación de uranio disminuyó, con lo cual aumentó el número de parados, Una persona que vive del subsidio del gobierno se ve constreñida, naturalmente, a

realizar menos gastos, de modo que la venta de la producción se ve disminuida. Bueno, si continúo así, no voy a acabar nunca, de modo que suprimo el resto, porque es fácil entenderlo. El número de parados, en unas pocas semanas aumentó de una forma aterradora.

Un hombre con la tripa a medio llenar es siempre un problema. Millones de hombres sin nada que hacer, es ya una calamidad pública, y cuando el descontento cunde, los ánimos se excitan, la gente empieza a hablar de la ineptitud de los gobernantes, y de aquí a la revolución y la anarquía hay sólo un par de pasos. Lo único que no perdió número fue el Ejército, porque estaba mantenido por el gobierno, pero, y esto pasó en todos los países de la Tierra, al aumentar el número de parados, disminuyeron los ingresos por impuestos, de modo que sólo el temor a una sublevación en masa, decidió al gobierno a mantener incólumes las fuerzas de Orden y Seguridad, pese al déficit presupuestario que ello suponía.

Todo esto, naturalmente, no ocurrió en unas cuantas semanas, sino que empleó muchísimo más tiempo, y de una forma que se encontró completamente lógica, es decir, una recesión, después de una era de prosperidad, cosa que ha ocurrido siempre, en todos los lugares y en todas las épocas. Pero la cosa empezó a inquietar a los poderes públicos, y las reuniones de los gobernantes empezaron a ser más frecuentes de lo acostumbrado, sin que, por más que lo intentasen, consiguieran no ya parar, sino atenuar tan siquiera los efectos de aquella recesión.

Mientras tanto, pasaron algunas cosas en las que yo tuve una intervención bastante directa. Una de ellas fue un aviso urgente de Paul a Lola.

Era por la noche, y ya estábamos en los albores del buen tiempo. Descansando de las fatigas de su cotidiano y rutinario trabajo, la muchacha se entretenía con un libro, en tanto yo me hallaba atareado en la cocina, preparándole la cena. En algunas cosas, y yo la alabo el gusto, Lola era antigua; así, en lugar de «ver» el libro en el estéreo, lo leía impreso, y en vez de tomar los alimentos ya preparados en envases, le gustaba comprarlos frescos, lo cual, no se crea, costaba un ojo de la cara, y tomarlos condimentados como debe hacerse. Naturalmente, no lo hacía siempre, pues a veces no podía, pero en cuanto tenía ocasión para ello, le gustaba recrearse el paladar con las excelencias de mi cocina.

Abandoné la vigilancia del filete que se asaba lentamente en un fuego de leña, como prescriben los cánones, y fui con no poco disgusto de

mis circuitos hacia el visófono. La voz de Paul irrumpió tan bruscamente en la estancia, que por un momento creí iba a salir él en persona a través del vidrio de la pantalla.

—¡Kabé! —llamó ansiosamente —: ¿Está ahí la señorita Skalda?

—Sí, doctor. ¿Ocurre algo?

—Llámala, ¡pronto!

No fue necesario; la misma Lola se habla puesto en pie al oír la voz de Paul y se acercó al visófono, colocándose de modo que el objetivo diera rectamente en su cara.

—Lola —exclamó el doctor—, Waldmeier ha salido de casa.

La joven soltó una exclamación.

—¡Ya se ha producido lo que, estábamos esperando! Lo mismo que Sperrle, ¿no? —Exactamente, Lola.

—¿Y hacia dónde ha ido?

—De momento, no lo sé. Pero puedo seguirle y...

—¡Sígalo, inmediatamente! —ordenó la muchacha—. Nosotros vamos detrás de usted al instante. —De acuerdo. No se olviden de nuestra señal para no perder la pista.

—Lo importante es que el doctor Waldmeier la siga emitiendo. Si no es así, habremos perdido el tiempo.

Keller dejó escapar una sonrisa de suficiencia.

—Lleva el transmisor en un sitio del cual no sospecharía. Además, aunque lo supiera, no lo encontraría en un siglo que lo buscara. ¡Hasta ahora!

Paul cortó la comunicación e, inmediatamente, Lola empezó a alistarse. Por mi parte, contemplé con melancólico gesto el trozo de carbón en que se había convertido el filete, y después de arrojarlo a la basura, me dispuse a seguir a la muchacha.

Lola cambió su bata casera por el traje acostumbrado de una pieza, corriendo con gesto decidido el cierre relámpago. Tomó un bolso, netamente femenino, que colgó de un hombro, pero en cuyo interior había dos cosas: aquella linterna que yo conocía tan bien, y una

pistola de pavoroso aspecto.

El ascensor nos llevó a la terraza del edificio, en donde la muchacha guardaba su helicóptero. Montamos en él; yo tomé los mandos, y al instante lo hice despegar, rugiendo por sus dos toberas que lanzaron sendos chorros de fuego que abrasaron la noche.

Una vez hubimos ganado la altura suficiente, Lola conectó el radar que había instalado en el aparato. Manejó el selector de receptividad, hasta que en la verdosa pantalla apareció un punto fosforescente, que aumentaba y disminuía de tamaño, siguiendo un ritmo determinado.

—¡Ya lo tenemos! —dijo la muchacha alegremente—. Sigue en dirección Noroeste, a doscientos cincuenta a la hora.

Durante un buen rato, continuamos volando a un par de miles de metros de altura, sin desviarnos un ápice de nuestra ruta. Nosotros seguíamos a Keller, el cual, precediéndonos, seguía a su vez al doctor Waldmeier, al que habíamos instalado, sin que él lo supiese, un diminuto transmisor en uno de los tacones de sus zapatos, de modo que en ningún momento se nos pudiera escapar del alcance de nuestros detectores. No nos interesaba detenerlo; lo que realmente tenía importancia era averiguar el lugar donde se dirigía.

En el aire, naturalmente, había otros muchos vehículos similares al nuestro, pero el selector de señales captaba únicamente las emitidas por Keller, del mismo modo que el de éste recogía las procedentes del doctor Waldmeier. En la pantalla de radar, aparecían y desaparecían los círculos luminosos, siguiendo de modo inalterable el ritmo prefijado.

De pronto, nuestra pantalla empezó a oscilar, en una forma tan irregular como alarmante. Lola se dio cuenta al instante de lo que ocurría, y preguntó:

—¿Qué ocurre, Kabé?

Pero no tuve tiempo de darle la respuesta. La voz de Keller sonó con trémolos angustiosos en nuestros oídos, surgiendo de modo brusco en el altoparlante de a bordo, que habíamos dejado conectado desde un principio.

—¡Lola! ¡Kabé! ¡Me están atacando! ¡Disparan contra...!

Se oyó un ruido espantoso, como de crujido de metal, y aI instante todo otro sonido desapareció. En la semioscuridad de la cabina, mis

células visoras captaron claramente la repentina palidez de la muchacha.

Sin embargo, Lola era una mujer decidida y que no se arredraba por nada.

—¡Sigue adelante, Kabé! ¡Dale toda la marcha al aparato!

Mis circuitos obraron por instinto, si es que la palabra tiene aceptación, tratándose de un «robot». Empujé a fondo la palanca de gas, y los chorros del helicóptero rugieron en la noche, al mismo tiempo que nuestros cuerpos eran aplastados contra los muelles respaldos de los asientos, a consecuencia de la brutal y repentina aceleración que mi gesto había imprimido al aparato.

El viento rugió al ser desplazado por la velocísima marcha de nuestro helicóptero. Habíamos marchado durante todo el camino a una distancia de quince o veinte kilómetros detrás de Keller, de modo que el recorrerla fue cuestión de poquísimos minutos. Sin embargo, al llegar al lugar donde supusimos debía hallarse, no encontramos el menor rastro de él.

Lola gritó de pronto, señalando hacia abajo con la mano. Ladeé el helicóptero con objeto de ver mejor.

—¡Está allí, Kabé! ¡Míralo!

Temí por la integridad de mis lámparas al ver lo que ocurría a un par de miles de metros más abajo de nosotros. Una enorme hoguera señalaba el lugar donde el aparato que tripulaba el doctor se había estrellado. Por su parte, la muchacha, estuvo a punto de romper en sollozos, y si no lo hizo, fue porque, en aquel mismo momento, algo distrajo su atención.

Bruscamente, surgiendo de entre, las tinieblas como la venenosa lengua de una culebra, un rayo de fuego hendió el espacio en dirección a nosotros.

He de confesar que en esta ocasión no fui yo el autor de la maniobra, sino la chica, la cual, obrando más rápida aún que su propio pensamiento y por supuesto, que mis reacciones mecánicas, tiró del mecanismo de ascensión. .

De modo literal, el helicóptero, saltó hacia arriba, dejándonos pegados a los asientos. A unos cientos de metros de nosotros, algo estalló con fulgurante relámpago, pero en absoluto silencio.

—Quieren destruimos, Kabé —dijo Lola.

—Lo estoy viendo — respondí—; pero no veo la manera de evitarlo.

—¿Lo dices porque eres un «robot» y tu código te veta atacar a los seres humanos? —dijo ella, en tanto preparaba sus armas.

—En parte es así. Sin embargo, no veo yo cómo podremos defendernos de...

Con un gesto que cuadraba muy poco con su delicada estructura femenina, Lola me enseñó la pistola que había sacado de su enorme bolso y que se diferenciaba notablemente de las que yo había visto corrientemente hasta entonces.

—¡Cielos! —dije, con el circuito de la sorpresa a máxima tensión —. ¿De dónde ha sacado ese obús del treinta?

Una fría sonrisa apareció en los rojos labios de la chica.

—¡Ésta es un arma nueva, apenas ensayada hasta ahora, literalmente, es un cañón atómico y... ¡Cuidado! ¡A estribor!

El grito de advertencia de la muchacha vino harto oportunamente, pues una décima de segundo más tarde, aquella curiosa estela blancorojiza pasó a cortísima distancia de nosotros, deshaciéndose, luego en un enorme globo de luz que iluminó vivamente todo el espacio circundante.

El fogonazo duró apenas un segundo, pero fue suficiente para que pudiéramos captar la imagen de un aparato similar al nuestro, escondido a un kilómetro escaso de distancia, agazapado entre las tinieblas como un tigre en la maleza, aguardando el paso de su presa. Lola requirió al mismo tiempo su famosa linterna y volvió a sonreír.

—Vas a ver qué sorpresa tan desagradable les damos a estos tipos. Kabé, vira treinta a babor.

Hice lo que me decía, dando la cara a nuestros enemigos. El helicóptero se mantenía casi inmóvil, suspendido por sus chorros orientados en sentido vertical, pero listo para saltar a un lado y a otro en cualquier momento. Un tercer disparo fue hecho contra nosotros, y en esta ocasión me vi muy apurado para esquivar sus efectos. .

Lola no aguardó ya más. Sacando medio cuerpo fuera del aparato, alargó la mano izquierda, en la que sostenía la linterna, en tanto que

con la derecha situaba la enorme pistola en posición más o menos recta hacia el aparato enemigo.

Apretó el botón de descarga de la lámpara y al instante la noche se fundió en una intolerable catarata de, blanquísima luz. Este gesto coincidió con el de la otra mano, pero aquella pistola no hizo ruido, o, por lo menos, mis circuitos auditivos no eran lo suficientemente finos para captarlo.

Los efectos no se hicieron esperar.

En aquel momento no supe lo que había pasado.

Pera sí pude ver los desastrosos efectos del disparo de la muchacha, que no necesitó mover el gatillo más de una vez. A mil metros de distancia, un torbellino de rayos de todos los colores apareció bruscamente, en medio de un colosal estruendo.

—Es una lástima que haya tenido que obrar así —dijo fríamente la muchacha—. Me hubiera gustado mucho más hacerlos prisioneros.

—¡Ho... hombres! ¿Qué es eso que ha usado usted, jefe?

—Ya te dije que una pistola con proyectiles de carga atómica.

—Pero no ha apuntado siquiera, Lola —murmuré, atónito, pues no había nada parecido almacenado en mis circuitos memorísticos.

—Ni era preciso. Con estar en línea recta con el aparato enemigo, era más que suficiente.

No le comprendía.

—¿Entonces…?

Lola guardo la lámpara y la pistola en el bolso y dijo:

—Tenías el radar en funcionamiento, ¿no? Pues bien, el proyectil ha sido guiado, por decirlo así, por las ondas emitidas por nuestro transmisor y que, como sabes, son rechazadas por la superficie metálica a la cual se dirigen. Ha ido tan derecho al blanco como si lo hubieran llevado de la nariz por un hilo.

—¡Vaya un inventito de los demo... digo, de los hombres! — exclamé —. Jefe, no se enfade si digo que es usted guapísima, pero un personaje con el que es peligroso de enfrentar.

—Espero que esos criminales lo hayan aprendido a su costa —repuso ella con inalterable calma, y acto seguido añadió—: Pero nosotros hemos perdido, en cambio, no solo a Waldmeier, del que estamos seguros ha de regresar a casa, sino, y esto es lo más doloroso, a Keller. Este... — Lola suspiró un instante—, no volverá, Kabé.

No quise contestar. La chica tenía razón de sobra, y durante unos momentos guardé un discreto silencio, hasta que me, atreví a preguntar:

—¿Qué hacemos, Lola?

Me miró con ojos húmedos.

—Volver a casa, Kabé; ¿qué otra cosa podemos hacer?

Llegamos a su apartamento semejando dos pollitos completamente mojados. Dejamos el helicóptero en su cobertizo de la terraza y descendimos al piso de la muchacha. Lola abrió la puerta con su llave, y apenas había dado dos pasos, lanzó una exclamación de alegría.

—¡Paul!

No pude contener un humano silbido de asombro. Dije:

—¿Tiene siete vidas como los gatos, doctor Keller?

CAPÍTULO VI

No estaba Keller solo allí. Amina le acompañaba y si en un principio me pregunté lo que hacía la egipcia, no tardé mucho en saberlo.

—¿Qué tal, señorita Skalda? Hola, Kabé.

—Me alegro de verle bueno, doctor —dije, con toda la sinceridad de mis circuitos. Lola, todavía sin crédito a sus ojos, preguntó:

—¿Qué le pasó, Paul? ¿Cómo se las arregló...? Keller, todavía con la mano de Lola entre las suyas, volvió a medias la cabeza hacia la morena. —Fue Amina. Gracias a ella estoy vivo.

—Una intervención muy oportuna, Paul. Sin embargo...

Keller se explicó:

—Después de avisarles a ustedes, llamé también a Amina. Ella me siguió antes, y cuando mi helicóptero recibió la descarga, ella se precipitó en mi auxilio, recogiéndome cuando apenas fataban un par de cientos de metros para estrellarse con el aparato.

—Yo creí que el helicóptero se habría incendiado al recibir los disparos enemigos murmuró Lola.

—Sólo en parte. Más que nada, lo que hicieron fue inutilizarle el motor. Entonces, caí a plomo y... Bueno, Amina estaba allí. No puedo pedir más.

—Debe estarle muy agradecido —sugirió Lola, sonriendo.

—No tiene la menor importancia —sonrió igualmente la egipcia—. En realidad, él mismo fue quien se salvó con llamarme a mí.

Lola se separó del médico y se fue hacia una mesilla donde había cigarrillos. Encendió uno con la llama de la cerilla que yo le presentaba y luego, expulsando el humo, dijo:

—Estamos casi en el mismo sitio que estábamos.

Es evidente que esos criminales, cualesquiera que sean sus propósitos,

están magníficamente organizados, puesto que a nosotros, que somos los únicos parcialmente enterados de lo que ocurre, nos han impedido seguir adelante y así descubrir por completo su secreto. Ahora bien, creo que hay una posibilidad de batirles, y aunque es muy pequeña, no por eso debemos desdeñarla.

—Me imagino a qué posibilidad se refiere usted, señorita Skalda —dijo Amina—. Sin embargo, nosotros solos, ¿qué podemos hacer para evitarla?

—No la entiendo, señorita Fawzi — dijo Lola, con los ojos muy abiertos.

—Es muy sencillo. Usted, capitán de Policía, pero en los servicios administrativos, y por lo tanto, sin la menor probabilidad de intervención oficial en el asunto, haciendo todo lo que hace, de modo particular. Lo mismo que nosotros, que somos también dos particulares, corriendo el riesgo de sufrir un contratiempo por inmiscuirnos en cosas en las cuales debiera tomar parte únicamente quien puede y debe hacerlo. De Kabé, no es necesario hablar; su condición de «robot» le hace estar a nuestro lado de un modo más bien empírico.

Lola no se dejó amilanar por las sensatas observaciones de la egipcia.

—Antes que usted, señorita Fawzi, me hice todas esas consideraciones. Ahora bien, es evidente que estamos ante un evento de incalculable alcance, tanto, que puede afectar a toda la raza humana...

—¿Usted cree? — sonrió burlonamente la egipcia.

—He hecho un razonado estudio de los últimos acontecimientos, comparándolos con situaciones más o menos parecidas en épocas anteriores, y he llegado a la conclusión de que es algo completamente nuevo y que nunca ha sucedido hasta ahora.

—¿Qué piensa hacer, pues, Lola?

La chica se volvió hacia Keller, que era quien acababa de hacerle la pregunta y dijo:

—He de interesar a alguien con más representación que nosotros para alertar a las autoridades y hacer que éstas pongan los remedios convenientes.

—¿Y quién será esa persona, Lola?

Los ojos de la muchacha se encontraron un momento con los de Amina.

—El hermano de la señorita Fawzi, el Ordenador. Él tiene suficiente influencia para interesar a las autoridades superiores y que se disponga lo necesario para atajar este mal que puede acabar invadiendo la Tierra de modo total y absoluto.

Amina soltó una leve carcajada.

—¡Bah! Señorita Skalda, ¿nos va a venir usted ahora con el viejo cuento de la invasión de la Tierra por los marcianos? Eso está ya muy desacreditado, ¿no cree?

—Nadie está hablando ahora de conflictos interplanetarios, señorita, sino solamente, de poner las cosas en su punto. Lo único que la pido es que me ponga en contacto con su hermano. Lo haría yo, pues tenemos cierta amistad, pero ya la vez anterior dudó de la integridad de mis facultades mentales. Apoyada por usted, que ha visto las cosas tan bien como nosotros, la ayuda de su hermano podría ser muy valiosa para nosotros.

—No tengo el menor inconveniente, señorita Skalda. ¿Cuándo le interesa verlo?

—Pues… he de reunir pruebas suficientes para que su hermano, el Ordenador, no haga el ridículo, señorita Fawzi.

—Comprendo — dijo Amina —. La desaparición de las fotografías es un serio inconveniente, para sus planes, ¿no es así?

—Ciertamente — repuso Lola.

—Pero tenemos a Kabé. Es un «robot» y ha visto todo. Los «robots» no mienten — adujo la egipcia.

—Exactamente. Sin embargo, es harto sabido que la visión de las cosas impresiona mucho más que su descripción verbal o escrita. Cuando les presente fotografías, es decir —sonrió Lola corrigiéndose—, cuando pueda presentárselas, entonces es cuando requeriré de usted ese favor, señorita Fawzi.

—Que yo le haré con mucho gusto, señorita Skalda. Pero lo difícil es hallar ahora alguien sobre quien poder impresionarlas.

Lola se mordió los labios.

—Es difícil, ciertamente, pero no imposible. Sin embargo, con constancia y tenacidad, creo que lo conseguiremos. ¿No le parece, Paul?

El doctor estaba fumando, apoyado en la pared, y se enderezó.

—Por supuesto —dijo entre dos bocanadas de humo—. Y todavía más si hubiéramos podido conservar las impresiones de aquellos glóbulos rojos infectados por esos gérmenes tan misteriosos.

—La película se veló — murmuró Amina pensativa —: ¿Por qué?

—Estaba completamente negra, como si hubiera recibido una exposición intensiva. ¿A qué se deberá tal fenómeno? Las fotografías se hicieron en una forma correcta, ¿no es cierto, Kabé?

—Así es, doctor.

—¿Y tú, no tienes ninguna opinión que darnos sobre este asunto de las fotografías veladas, Kabé?

Formulé unas cuantas preguntas a mis circuitos. Al fin, éstos se conjugaron para darme una respuesta que juzgué muy aproximada a la realidad.

—Tal como describe usted el velaje de la película, doctor, puesto que no la vimos…

—Me dio tanta rabia, que la tiré al fuego — se excusó Keller, confundido.

—Pues bien, eso me recuerda las películas que se velan por estar sometidas a una exposición de partículas radioactivas. Así ocurre con las radiografías médicas, o como ha pasado en más de una ocasión, con las cámaras que se depositan inconscientemente en algún lugar donde, hay minerales de uranio, o también el detector de radioactividad a base de película sensible. Ya sabe usted cómo es; a más exposición…

—No sigas — exclamó Keller excitadamente—. Me parece que has dado en el clavo. Eso es: radioactividad.

—Paul, ¿supone usted que esos puntos luminosos son radioactivos? —inquirió Lola.

—Deberíamos poder disponer de unos cuantos de ellos el tiempo

suficiente para poder analizarlos. Pero ya han visto que duran muy poco una vez la sangre ha salido fuera de las venas del cuerpo humano. Lo que sí es seguro que ejercen una influencia decisiva en la mente del hombre que está afectado por tan extraña enfermedad, ejemplo contundente, el doctor Waldmeier, sin contar con Sperrle. Ahora bien, ¿cómo se infiltran en la sangre? ¿De qué modo se propagan? ¿Por contagio? ¿Inoculación? Todavía tenemos mucho que andar, y puede decirse que aún estamos en el principio del camino. Vemos luces, pero ignoramos su color; oímos ruidos, pero desconocemos su volumen; tocamos cosas, pero no sabemos si son líquidas o sólidas, frías o calientes.

—Es cierto — murmuró Amina en tono bajo—. Hay tanto que hacer... ¡y sabemos tan poco!

—Pero acabaremos por saberlo todo —dijo Lola con súbita resolución —. En cuanto tengamos las pruebas definitivas, iremos a ver a su hermano, señorita Fawzi. Usted ya le habrá prevenido; espero que la crea, precisamente por su parentesco, y así, con las pruebas en la mano, no le haremos dudar mucho tiempo. Ahora sería inútil intentar que convenciera de una reunión al Consejo de Seguridad; sólo cuando no se puedan rebatir nuestros argumentos de forma alguna, será cuando necesitemos su ayuda. ¿Qué les parece mi idea?

—Magnífica —elogió Keller, en tanto que Amina hacía un gesto de asentimiento. Lola no me preguntó mi opinión, pues harto sabía coincidía en un todo con la suya.

* * *

Hubo de pasar algún tiempo antes de que pudiéramos hacer nada. Las cosas, en el mundo, siguieron desarrollándose como hasta entonces, preocupando a los gobiernos y dando trabajo a los agentes del orden, quienes de ninguna manera conseguían explicarse el misterio de aquellas desapariciones que en su mayoría se resolvían por si solas de modo satisfactorio al cabo de cuatro o cinco semanas, como ya he dicho. Es cierto que se conocieron casos de individuos que se esfumaron, sin que se volviera a saber nada de ellos, pero cuando hubo uno que apareció, negándose rotundamente a volver al domicilio conyugal, se supuso que los demás habían aprovechado la feliz coyuntura para hacer más o menos lo mismo. Por si mismos, acaso no se hubieran largado, pero puesto que, les presentaban la ocasión en

bandeja, no la iban a desperdiciar, claro está.

Como unas seis semanas después de la desaparición de Waldmeier, Lola, Keller y yo nos encontrábamos en su casa, esperando día y noche su reaparición que no podía tardar mucho en producirse. La espera estaba gastando ya los nervios de los humanos y yo empecé a consumir más fluido del necesario tratando de buscar un modo que los tranquilizase.

Afortunadamente, no fue necesario. De pronto, un suave zumbido se dejó oír en la estancia.

Lola corrió hacia un receptor de microondas que había instalado allí y dio media vuelta al conmutador, Una voz humana sonó entonces.

—¿Capitán Skalda?

—Yo mismo. ¿Qué hay, Número Uno?

—Objetivo Cero localizado.

—¿Qué ruta sigue, Número Uno?

—Cuatro Dos Tres Nueve, capitán.

—Gracias, Número Uno. Pasa la orden al Número Diez.

—Sí, capitán.

Lola no cerró ahora la comunicación, sino que dejó el receptor abierto. Yéndose ahora hacía la pared, movió una llave, y al instante se iluminó difusamente un rectángulo de vidrio verdoso, de unos dos metros de lado y en el cual había trazada una cuadrícula de, rayas más oscuras.

La chica tomó un trozo de tiza y, después de breve meditación, marcó en la pantalla un aspa, que fosforescía intensamente, continuando después con una línea recta hacia abajo y a la derecha, pero cortándola cuando apenas si había recorrido diez centímetros sobre el vidrio. Luego volvió a medias la cabeza.

—La próxima comunicación no puede tardar mucho —dijo.

Aguardamos unos minutos más. Otra voz humana se oyó en la estancia, procedente del receptor.

—¿Capitán Skalda?

—Sí, ¿Número Diez?

—Visto Objetivo Cero, capitán. Ruta invariable, de acuerdo con las últimas indicaciones de Número Cero.

—Gracias, Número Diez. Pase indicación de trayectoria al Número Tres.

—Sí, capitán.

Así, poco a poco, el trazo luminoso fue prolongándose, a medida que el Objetivo Cero, que era el nombre con que se había designado al doctor Waldmeier, se iba acercando a su domicilio, seguido implacablemente por los agentes que Lola había interpuesto en su camino. La última información fue dada por el Número Diecisiete.

—Capitán Skalda, Objetivo Cero se dispone a aterrizar sobre ustedes —dijo el agente.

—Perfectamente. Una vez abandone la pista, sitúese usted en ella y vigile la salida.

—O. K., capitán.

Con pulso firme, la mano de Lola marcó en la pantalla el último trazo. Después, volviéndose, sonrió a Keller, el cual le correspondió con toda sinceridad.

Me dijo:

—Apaga el transmisor, Kabé; ya no es necesario.

Ah, y las luces también.

Obedecí, dejando la estancia completamente a oscuras. Silenciosamente, nos retiramos a un lado, mirando en las tinieblas hacia la puerta, por la que debía hacer su aparición nuestro Objetivo Cero, el punto de donde debía partir todas nuestras operaciones.

En realidad, el tiempo transcurrido desde el último informe hasta que notamos un leve ruidito en la cerradura, no fue superior a cinco minutos, pero a los humanos se les hizo insoportablemente largos. Al fin, la puerta giró del todo y entonces se oyó la clara voz de Keller.

—¡No encienda la luz, doctor Waldmeier; no es necesario!

El médico no obedeció. Pulsó el interruptor y al momento una

catarata de luz inundó la estancia. Sus ojos se dilataron un poco al reconocer a Paul Keller a corta distancia de él, empuñando firmemente una pistola.

—¿Qué es esto, doctor Keller? ¿Estamos acaso en carnaval?

—Pudiera ser como usted dice, doctor Waldmeier.

En todo caso, le ruego se entregue sin resistencia.

—¡Está bromeando, Keller, y no es el momento más apropiado para ello!

—No es ninguna broma, doctor —dijo en aquel momento Lola, saliendo de detrás del diván donde se había escondido—. Usted me conoce y sabe tengo autoridad suficiente para detenerlo.

—¿Detenerme? —aulló Waldmeier—. ¿Con qué motivo?

—Con el motivo —dijo Lola fríamente—, de hallarse al servicio de una potencia enemiga, no sólo de nuestra nación, sino de todas las que componen el globo terráqueo. ¡Dese, preso, doctor!

Waldmeier vaciló un instante. De pronto, reaccionó y, con el pie, disparó una silla que fue a dar de lleno a la mano de Paul, quien no pudo evitar un grito.

Saltando hacia adelante, la muchacha disparó una pistola anestésica.

Normalmente, un chorro de gas como el que acababa de disparar la chica, era suficiente para adormecer a un elefante durante un par de días; y esta clase de armas había sido elegida de modo expreso, para no dañar a Waldmeier, a quien se quería vivo a toda costa.

Pero en esta ocasión no ocurrió nada. Waldmeier se quedó tan fresco como si una ballena hubiera recibido el coletazo de una sardina. Es decir, tan fresco no, porque trató de largarse de allí a todo vapor.

Sin embargo, Paul ya se, había rehecha y se abalanzó sobre él. El viejo médico lo despidió con un derechazo que lo hizo dar un par de volteretas en el suelo, después de hacer astillas una artística mesita. No obstante, Paul era tenaz y volvió a la carga.

Por su parte, Lola tampoco se estuvo quieta. La chica no se entretuvo en averiguar las causas por las cuales el anestésico fallaba, sino que, valientemente, se arrojó sobre Waldmeier.

Éste, sin respeto alguno para su sexo, trató de golpearla como unos segundos antes hiciera con Keller. Pero Lola no se dejó alcanzar. En el momento en que la mano de Waldmeier iba a tocar su barbilla, ella dio un paso atrás, al mismo tiempo que lanzaba su mano derecha hacia arriba. Cogió la muñeca del médico y luego avanzó su hombro derecho.

Plantados sólidamente los pies en el suelo, a Lola le bastó girar sobre si misma para levantar en el aire a Waldmeier como si fuera una pluma, volteándolo y arrojándolo luego sobre un diván. El médico cayó de espaldas e intentó levantarse de nuevo, sin conseguirlo, porque Paul se le echó encima, entorpeciéndole sus movimientos.

No obstante, Waldmeier hubiera acabado por conseguir sus propósitos, de no intervenir Lola de un modo radical. Desdeñando la pistola anestésica, tomó con rápido gesto la que se le escapara al joven biólogo al recibir el silletazo y, sin una sola vacilación, aplicó el cañón a la sien del médico.

—¡Quieto doctor Waldmeier! — gritó—. ¡Un solo movimiento más y disparo!

Los ojos de Waldmeier lanzaron llamaradas de diabólico odio, lleno de perversidad, pero el gesto y las palabras de la chica eran harto elocuentes para que intentara hacer resistencia, Lola añadió entonces:

—Paul, busque algo para atar al doctor Waldmeier, ¡Kabé! —me llamó acto seguido, pues yo, «robot», no había podido intervenir en la lucha desarrollada exclusivamente entre seres humanos.

—¿Si, Lola?

—Dispón todo el aparato de Rayos X y las placas fotográficas. Tenemos ya, la prueba que ambicionábamos y ahora... —Lola hizo una pausa y sonrió llena de satisfacción—, ahora nadie nos la podrá arrebatar.

CAPÍTULO VII

Escoltado por un par de guardias armados hasta los dientes,

fuertemente esposado, el doctor Waldmeier hizo su aparición en la sala semicircular del Consejo de Seguridad, reunido a petición del Ordenador Fawzi, por ruegos de Lola, la cual había anticipado al egipcio parte de las pruebas que la muchacha pensaba presentar ante el Consejo de Seguridad.

Los ojos del doctor Waldmeier brillaban animados por una furia demoníaca al saberse inerme, impotente, en manos de personas que estaban decididas a acabar con la amenaza que suponía la existencia en nuestro planeta de miles o acaso millones de seres como él. Miró a un lado y a otro, buscando una escapatoria que le era imposible hallar, y al fin pareció resignarse con su suerte, siquiera fuera por el momento.

En uno de los lados del hemiciclo, fuertemente custodiado en la parte exterior, sin otro enlace que un simple visófono colocado en la mesa que ocupaba la Presidencia, suprimidos terminantemente todos los pases de prensa de cualquier clase, se veía un enorme aparato de Rayos X, cuya pantalla medía dos metros de altura, apta para examinar a un ser humano sin necesidad de moverla arriba y abajo. A la derecha del radioscopo había una mesita con un aparato proyector, y detrás de ella cuatro sillas, ocupadas por Lola, Paul, Amina y su hermano, el Ordenador. Yo estaba detrás de ellos, en pie, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Después de Waldmeier entramos nosotros, dirigiéndonos a nuestro puesto. El Consejo de Seguridad ya nos aguardaba y sus trece miembros aguardaban impacientes las sensacionales revelaciones que el Ordenador les había prometido. Un capitán de la guardia cerró la puerta, quedándose fuera después de haberse embolsado la llave. En tanto no lo ordenara el Presidente, nadie podría entrar o salir de allí.

Ante la expectación general, Lola, en pie, dio lectura a su informe, haciendo una detallada aunque concisa exposición de los hechos, sin omitir ninguno, sin florituras innecesarias, relatando todo lo ocurrido, desde el principio al final, es decir, hasta el momento en que el doctor Waldmeier fue atrapado.

Cuando terminó hubo unos momentos de silencio. De pronto, el Consejero Baldwin se levantó:

—Capitán Skalda, ¿quiere usted decir que, todo eso que acabamos de oír es la verdad y no un cuento fantástico?

—Hablo con pruebas, Consejero —señaló la muchacha, sin amilanarse

por el hostil tono de Baldwin—. De lo contrario, no me habría atrevido a presentarme aquí. Por otra parte, el Ordenador Fawzi es mi fiador: él tampoco hubiera molestado al Consejo de no tratarse de un caso de excepcional gravedad.

El Presidente Carearan dijo:

—Capitán Skalda, mejor que perder el tiempo en inútiles discusiones, y puesto que ha terminado usted ya su relación de los hechos, ¿quiere pasar al terreno práctico, es decir, al periodo de exposición de pruebas?

—Con mucho gusto, Presidente respondió Lola. Tomó un gran sobre que tenía sobre la mesa, y extrajo de él unos clichés fotográficos de gran tamaño —: Prueba A: Radiografía del tórax del doctor Waldmeier, aquí presente. Examínenla, por favor.

Yo mismo llevé la radiografía hasta la mesa del Consejo, cuyos miembros fueron mirándola uno por uno, evidentemente asombrados. Al terminar, Lola exclamó:

—Prueba B: Radiografía de la caja craneana del doctor Waldmeier.

Ocurrió lo mismo que la vez anterior: murmullos, comentarios y exclamaciones de incredulidad. El último en ver la radiografía fue el consejero Sala.

—Capitán Skalda —dijo—, estas radiografías en verdad, son muy interesantes. Pero la técnica del trucaje fotográfico, como usted sabe, está muy adelantada y...

Keller se puso en pie, vehementemente.

—¡Protesto, Consejero! Esas radiografías fueron hechas por mí en persona y proceden del doctor Waldmeier aquí presente. La duda sobre su autenticidad es un insulto a mi capacidad médica...

—No se excite, doctor Keller —terció el Presidente, conciliador—. A fin de cuentas estamos aquí para presentar objeciones y que ustedes las rebatan con pruebas. En un principio nos inclinamos a creerles a ustedes, pero debemos estar completamente seguros de lo que dicen, antes de iniciar la menor acción, compréndalo.

Amina se puso en pie.

—Suscribo por entero lo que ha dicho el doctor Keller, Presidente. Yo

fui su ayudante cuando se hicieron esas radiografías-prueba.

—Muchas gracias, doctora Fawzi. Demuestren ahora prácticamente que proceden del prisionero doctor Waldmeier.

—Con gusto —dijo Lola, haciendo una señal a los guardias, los cuales llevaron al prisionero hasta el aparato de Rayos X—. Quítenle las esposas.

En los ojos de los guardianes se reflejó el temor.

—Capitán, el pasionero es muy peligroso y...

—Quítenselas, he dicho. Es imposible que huya y, por otra parte, tampoco puede resistirse. Es lo suficiente inteligente para saber que no puede hacer otra cosa, que sentarse entre la pantalla y el tubo de rayos catódicos, ¿no es eso, doctor. Waldmeier?

El aludido no contestó, limitándose a adelantar las manos. Uno de los guardianes, en tanto el otro lo encañonaba firmemente, le, quitó las esposas y, al instante, por sí mismo, sin interferencias extrañas, Waldmeier fue a colocares en el lugar asignado.

—¿Doctor Keller? — dijo Lola con tono impersonal.

Paul asintió. Se fue hacia el radioscopo y desde allí mismo manejó todos los controles, incluido el de la luz de la estancia. La pantalla se iluminó al instante.

Un unánime grito de admiración y asombro se escapó de los labios de todos los circunstantes al ver la silueta del doctor Waldmeier atravesada por los Rayos X. Aquella prueba no podía ser desmentida jamás, y las modificaciones mecánico quirúrgicas que habían sido introducidas en su organismo se veían con toda claridad, destacando en negro sobre los fondos más claros de los huesos y la carne, ésta apenas visible. .

En la parte posterior del cráneo, se veía una cajita de unos cinco centímetros de grueso, enlazada con el cerebro por medio de finísimos cables metálicos, lo mismo que en el corazón se veía otro aparatito similar. El corazón se veía más oscuro de lo ordinario, pero latiendo de un modo enteramente normal. En el resto del cuerpo no se advertía ninguna otra anomalía.

Deliberadamente, Keller dejó que el Consejo examinara a su sabor al sujeto-prueba durante unos minutos. Luego, cortó la corriente y

encendió las luces de la sala.

Lola hizo un signo y los guardias se apoderaron de nuevo de Waldmeier, quien pasó a su banco, sentándose ahora con un aire mucho más abatido y menos orgulloso que el que adoptara a la entrada. Lola levantó la cabeza, mirando a los Consejeros con aire triunfal.

Pero no habló; esperó que se le dirigiese la palabra, y el primero en hacerla, al fin, fue Baldwin.

—Estamos convencidos ahora de ello, capitán Skalda —dijo—. En el cuerpo de Waldmeier han sido digamos injertados unos aparatos mecánicos cuya utilidad, por el momento, desconocemos. ¿Podría usted decirnos para que sirven?

Lola vaciló.

—No lo sé exactamente. Aquí tengo que basarme en hipótesis, las cuales, sin embargo, espero ver confirmadas.

—El Consejo no se ha reunido para oír suposiciones, sino para ver pruebas, capitán Skalda —la recriminó severamente el Presidente —. Usted nos ha hablado de sucedidos anteriores, completamente similares a lo que le ocurre al doctor Waldmeier.

Pero no tiene ninguna prueba de lo que pasó. Y muy bien pudiera ser el doctor Waldmeier el único que...

—Lo siento, Presidente —se levantó Keller—; pero yo lo vi también. Y Kabé, el «robot». Y la doctora Fawzi.

—No bastan palabras; se precisan hechos —gruñó Baldwin.

—¿Por qué no dejamos hablar a la chica? —sugirió Sala.

—Gracias, Consejero —sonrió Lola—. Hablé hace unos instantes de hipótesis. Veamos ahora cuáles son éstas. En primer lugar, el aparato que tiene el doctor instalado en el cerebro, conectado con su masa encefálica, es un control remoto, con objeto de, en el momento oportuno, hacerle obedecer las órdenes que convengan a la persona que se las da. Después, el corazón ha sido substituido por uno artificial, pero, naturalmente, careciendo éste de los impulsos motores que podría enviarle un sistema nervioso que falta en la región cardiaca, se le ha instalado un diminuto motor atómico, que hace que el corazón siga bombeando la sangre a través del cuerpo humano.

Exteriormente, pues, el doctor Waldmeier es un ser humano; interiormente, es un «robot», constreñido a obedecer ciegamente las órdenes que se le den, cualesquiera que sean éstas.

—¿Y quién le va a dar esas órdenes, capitán Skalda? —tronó el Consejero Adhemir—. ¿Contra quién y por qué van dirigidas? ¿Puede usted explicárnoslo satisfactoriamente?

La muchacha movió la cabeza significativamente.

—No, no puedo explicarlo. Pero acaso lo haga el sujeto, doctor Waldmeier. ¿Por qué no le preguntan ustedes a él?

—Muy bien —asintió Adhemir, mirando un instante a la chica, y volviendo después los ojos hacia el cautivo —: Doctor Waldmeier, ¿quién le ha colocado esos aparatos de control dentro de su organismo?

Silencio. Waldmeier apretó los labios, dando claras señales de no querer dar una respuesta.

—¿Se da cuenta, doctor Waldmeier, de que su mutismo puede acarrearle graves consecuencias? —dijo el presidente—. Todo ciudadano requerido ante el Consejo de Seguridad está obligado a contestar a las preguntas que le sean hechas, o de lo contrario puede ser sancionado con graves penas, ¿me comprende?

El médico no contestó; antes al contrario, continuó en su actitud testaruda e irreductible. Lola dijo:

—Esta una prueba más de mis aseveraciones, Presidente. Hay alguien, no sabemos quién, que tiene un dominio completo sobre el doctor Waldmeier y todos los humanos a quienes, mediante una técnica avanzadísima, se ha transformado en unos sujetos carentes, cuando él lo desea, de voluntad, y que obedecen sólo la suya.

—¿Quiere, usted sugerir entonces, que hay una persona que ansía apoderarse del control total de nuestro mundo por medio de estos seres? —pregunto el Presidente.

—Exactamente —afirmó Lola—, y ahí tienen la prueba más contundente de cuanto estoy diciendo. Esa persona, sea quien sea, está infiltrando a sus agentes, después de haberlos robotizado, en los puestos más estratégicos, con objeto de llegar a adueñarse, sin resistencia, de nuestro planeta. No son unos «robots» idénticos a Kabé, que obedecen ciegamente las órdenes de un humano, con tal de no

dañar a otro humano; por el contrario, tienen cierta libertad de acción, como lo demuestra el hecho de que se niegue a contestar a nuestras preguntas. Si fuera un «robot» enteramente mecánico, sus circuitos le impulsarían irresistiblemente a contestarnos toda la verdad y sólo la verdad.

—¿ Y no habría ningún medio para obligarle a responder? —sugirió Sala.

Lola pareció meditar y luego se volvió hacia Keller, como pidiéndole ayuda.

El doctor dijo:

—Por lo que he podido ver y observar, el aparato instalado en su cerebro debe de ser muy parecido a un receptor de radio. Bastaría averiguar la longitud de la onda en que le son transmitidas las órdenes para interceptarlas y así obligarle a hacer lo que queramos nosotros.

Una fría sonrisa de desdén apareció entonces en los labios de Waldmeier, que se entreabrieron para dar paso a una exclamación en voz baja, pero perfectamente inteligible:

—¡Imbéciles!

—Podemos intentar hacer lo que dice el doctor Keller —dijo el Presidente—. Si conseguimos arrancarle la verdad al prisionero, habremos adelantado bastante. ¿De qué forma lo haría usted, doctor Keller'?

—Pues... naturalmente, tendría que ser a base de tanteos, lo que nos haría perder mucho tiempo. No me atrevo a operar y quitarle el aparato, puesto que ignoro la técnica usada en su instalación; correríamos grave riesgo de matarlo o, por lo menos, inutilizarlo.

—Muy bien, entonces —dijo el Presidente—. Traeremos un emisor de ondas extracortas y lo emplearemos utilizando diferentes longitudes, hasta que nos dé el resultado apetecido. ¿Qué les parece esto a los restantes miembros del Consejo?

Hubo un poco de cábala y cuchicheo, y al fin asintieron todos. Pero Baldwin era el eterno objetor.

Su idea, Presidente, es magnifica. Ahora bien, suponiendo que

lleguemos a averiguar lo que deseamos, ¿cómo haríamos después para inutilizar los que han sido, como dice el capitán Skalda, robotizados?

Un breve silencio sucedió a las palabras de Baldwin, hasta que fue la propia Lola quien dio la respuesta.

—Muchos de ellos los conocemos ya.

—¿Eh? ¿Qué está diciendo, capitán Skalda? —se sobresaltó Baldwin.

—Lo que oye, Consejero — respondió fríamente la chica —. En las Comisarías de Policía se han recibido en los últimos meses innumerables denuncias de personas que desaparecieron sin ningún motivo, reapareciendo después sin dar la menor explicación de su prolongada ausencia. Los nombres de tales personas, naturalmente, quedan en los archivos... ¡Y éstos son los seres a quienes hay que detener y desenmascarar, porque todos ellos están robotizados, como el doctor Waldmeier!

Las palabras de Lola causaron la natural sensación. No tenían vuelta de hoja y durante unos momentos, sólo se oyeron los cuchicheos de los Consejeros, quienes intercambiaban impresiones entre si, de modo muy excitado.

De pronto, el Consejero Adhemir se puso en pie con los ojos llameantes y miró a Lola. —Capitán Skalda.

—¿Si, Consejero?

—¿Sigue usted sosteniendo la tesis de que toda persona robotizada, antes de serIo ha estado ausente durante unas cuantas semanas, sin motivo aparente que justifique tal desaparición?

—El doctor Waldmeier es la prueba más evidente Sala se puso también en pie y tendió su índice hacia otro de los miembros del Consejo.

—Muy bien, gracias, capitán —dijo Adhemir, el cual, a continuación se volvió, rojo de ira, hacia Baldwin—: Consejero, sírvase explicar a sus compañeros de Consejo la ausencia que lo mantuvo alejado de nosotros durante mes y medio, sin causa justificada.

Las palabras de Adhemir desataron el infierno. Otro de los miembros del Consejo:

—¿Y el Presidente? ¿Qué hizo usted, señor Corcoran, en esas cinco

semanas que faltó a nuestras reuniones?

Hubo un instante de silencio, y luego la explosión. Corcoran y Baldwin, lívidos al verse, descubiertos, trataron de correr hacia la puerta, en tanto que Sala se inclinaba sobre el transmisor y llamaba a gritos al capitán de la guardia. Los demás consejeros, aturdidos, se atropellaban por huir de aquellos dos seres a quienes consideraban unos maniáticos y a los que se acababa de unir al doctor Waldmeier.

—¡No abran la puerta! — aullaba frenéticamente Sala.

—¡Disparen contra ellos! — gritó Lola.

Los guardias, estupefactos, no sabían qué hacer. Keller, sin embargo, fue el primero en reaccionar. Saltando hacia adelante, arrebató una de las pistolas a uno de los atontados guardias, levantando el arma, en el mismo momento en que Baldwin, con ojos llenos de furia demoníaca, sacaba otra.

El primer disparo del joven doctor destrozó el brazo del Consejero. Corcoran quiso recuperar el arma caída, pero entonces ocurrió algo horrible, espantoso, que llenó de pavor a todos los presentes.

Corcoran, Baldwin y Waldmeier cesaron en sus esfuerzos por huir y prorrumpieron en agudísimos alaridos, al mismo tiempo que se llevaban las manos a las sienes, como si trataran de dominar un intensísimo y repentino dolor de cabeza. Gritaban ensordecedoramente, como endemoniados, tanto, que la guardia exterior, asustada, abrió la puerta, violando todas las órdenes, buscando un blanco para sus pistolas.

Los tres hombres robotizados, fueron de un lado para otro, vacilando como beodos, dando espantosos traspiés al mismo tiempo que lanzaban horripilantes alaridos de dolor. La sangre brotó de sus labios torturados por sus propios dientes y luego, de pronto, sus rostros comenzaron a ennegrecerse.

Se agitaron epilépticamente durante unos segundos, dando tremendos saltos convulsivos por el suelo, ya inconscientes, como si estuvieran poseídos por el bacilo del tétano, arqueados los cuerpos que se apoyaban únicamente en la nuca y los talones, en tanto que de sus labios salía una espuma rojoazulada de espantosos tonos. Sufrieron varias convulsiones más y, de pronto, se inmovilizaron de modo harto siniestro.

Después de aquel escándalo, una ola de denso silencio se abatió sobre

los consternados presentes, en cuyos ojos se reflejaba todavía el horror de la escena recién sucedida. Paul, recordando bien pronto su condición, se fue hacia los caídos, empezando a reconocerlos meticulosamente.

No tardó mucho en dar su veredicto. Levantó los ojos y miró hacia los atribulados miembros del Consejo de Seguridad.

—¡Están electrocutados!

Sala fue el primero de tomar la iniciativa de las operaciones. Llamó al oficial que mandaba la guardia y le dio unas órdenes realmente contundentes.

—Capitán, hemos de practicar la autopsia a estos individuos —dijo—. Con su cabeza me responde que nadie se los llevará de aquí, ¿me entiende? Porque, para mayor seguridad nuestra, vamos a ordenar traer todos los instrumentos necesarios a esta sala. No quiero raptos ni desapariciones que entorpezcan nuestras investigaciones, ¿entendido?

—Una idea excelente, Consejero —dijo Lola—. Pero, antes de hacer nada, averigüe si alguno de los soldados de la guardia, porque de los presentes ya estamos seguros, está robotizado. El doctor Keller les someterá a examen radioscópico, después de lo cual podremos emprender nuestra tarea.

CAPÍTULO VIII

En las autopsias hubo bastante de fracaso.

Por supuesto, el diagnóstico de Keller era acertado: los tres hombres habían muerto electrocutados. La descarga había provenido de los aparatos de control que tenían instalados en el cerebro, los cuales habían quedado completamente destruidos también, de modo que no se pudo sacar nada de ellos en limpio. Lo único que quedó intacto fue el corazón artificial, así como su motor, pero esto, salvo la técnica quirúrgica empleada para su injerto, que era más que nueva, completamente desconocida por nosotros, no tenía demasiada importancia, puesto que se trataba de un corazón artificial, cuyos movimientos eran producidos por un diminuto motor atómico

instalado a su lado. La energía del motor era suministrada por una partícula de cristal de sílice radioactiva, que emitía impulsos que eran transformados en energía eléctrica, que hacía funcionar el motor que provocaba los movimientos de sístole y diástole del corazón, bombeando así la sangre con toda normalidad como lo haría uno natural.

Esto era lo que no acabábamos de comprender del todo, pues, en realidad, con instalar el aparato de control en el cerebro había más que suficiente, ya que el nuevo corazón no efectuaba función alguna distinta de las que ejecutaba una víscera normal. Sin embargo, confiábamos en averiguarlo una vez hubiéramos desvelado por completo aquel misterio que ya empezaba a obsesionarnos a todos.

Cuando se dieron cuenta las autoridades de que la cosa iba más en serio de lo que parecía, cuando se apercibieron de que había muchos infiltrados entre ellos, cosa demostrada plenamente con los casos sucedidos en el Consejo de Seguridad, empezaron a adaptarse medidas para contrarrestar la perniciosa influencia que ya ejercían los humanos robóticos.

Desde luego, tales medidas hubieron de llevarse en secreto; hacerla en forma ordinaria, o sea dando a la publicidad lo que pasaba, habría provocado un pánico de, incalculables proporciones, con las consecuencias que son fáciles de suponer.

En el primer momento se lograron notables avances. Hubo muchas detenciones de personas que habían desaparecido misteriosamente, reapareciendo después sin dar ninguna explicación acerca de los motivos de su ausencia. Pero luego el enemigo, rehaciéndose de su sorpresa, pasó al contraataque, esfumando fuera del alcance de nuestras manos a muchísimos de sus agentes, y electrocutando a cuantos habían caído ya en manos de la Policía. Las muertes empezaron a ser tan numerosas que llegaron a alarmar a la opinión pública, y los periódicos, como de costumbre, chillaron desaforadamente, pidiendo las cabezas de los culpables de, tamañas catástrofes.

Esto, naturalmente, coartó nuestra libertad de acción, y supimos al instante que era uno de los medios de responder del enemigo. Inmovilizados parcialmente por los chillidos de quienes no estaban en el fondo del asunto, hubimos de andarnos con mucho tiento, cosa que, naturalmente, daba gran ventaja al enemigo.

Por ello, unas cuantas semanas después de los sucesos anteriores, Lola,

que, había Sido elevada al rango de jefe de investigaciones, decidió ir a hacer una visita al doctor Keller, sabiendo que éste se hallaba estudiando un prisionero que todavía conservaba con vida. La acompañé y nos cupo la suerte de presenciar una escena con la cual no contábamos, ciertamente.,

Keller y Amina se separaron, rojos, confundidos al saber que habían sido vistos besándose. El primero, después de los saludos de cortesía, dijo, a guisa de disculpa:

—Acabamos de prometernos y nos casaremos en cuanto haya pasado todo esto.

Fingí no advertir el chispazo de defraudado interés que había aparecido en los ojos de Lola. La chica, dominándose, sonrió:

—No puedo hacer otra cosa que felicitarles a los dos y desearles una dicha eterna. Espero me avisen de la fecha de, la boda, para hacerles un buen obsequio.

—Oh, por supuesto, no faltaría más, ¿verdad, Amina?

La egipcia bajó los ojos pudorosamente.

—Nos gustaría mucho que asistiese usted a la ceremonia, capitán Skalda.

—Si mis ocupaciones me lo permiten, les prometa ir —afirmó la chica, quien, acto seguido, preguntó—: ¿Cómo va el prisionero, Paul?

—Lo tengo ahí, en una habitación inmediata, Lola.

—¿Vivo?

—Hasta ahora, si.

—¿Cómo ha conseguido esa maravilla, Paul?— se admiró la muchacha.

—Pues… sería un poco largo de explicar, Lola.

Lo único que se me ocurrió fue instalar una batería de emisoras de radio, que producen ondas de todas las longitudes y potencias. Creo suponer, no sin fundamento, que he logrado interferir las que controlan el receptor que el prisionero tiene instalado en su cerebro, motivo por el cual vive todavía. Pero —aquí Keller frunció el ceño—, no lo está pasando muy bien que digamos.

—¿Podríamos verlo, Paul? —sugirió la muchacha.

—Naturalmente. Pase, por favor. Tú también, Kabé; puedes sernos muy útil con tus consejos.

—Muy amable, doctor —murmuré, siguiendo a los humanos hasta la estancia adyacente.

Era una sala de buen tamaño, en cuyo centro, y amarrado sólidamente a una silla, se veía un humano, por cuyo rostro corrían abundantes gotas de sudor. Era evidente que el hombre padecía, acaso más moralmente que físicamente, pero, a pesar de sus sufrimientos, sus ojos brillaron perversamente al vernos entrar. Intentó desatarse, pero las correas que le ataban a la silla, que a su vez estaba firmemente sujeta al pavimento, eran lo bastante fuertes para que sus esfuerzos resultaran totalmente baldíos.

El resto de la estancia estaba casi lleno de infinidad de aparatos de radio, los cuales emitían ondas cortas en casi todas las longitudes Imaginables, desde una milésima de milímetro hasta unos pocos centímetros. La Interferencia, era pues, eficaz, y gracias a ello, las ondas que habían de provocar la descarga eléctrica en el Interior del cráneo del prisionero resultaban anuladas.

—¿Qué es lo que piensa hacer ahora, Paul?

El doctor se rascó la mejilla, profundamente pensativo.

—Mi intención sería operarle con objeto de extraerle el aparato de control y así hacerle examinar por técnicos y expertos. Pero, francamente, temo que el paciente muera en mis manos y…

—Sería una contingencia desagradable, ciertamente —asintió Lola—. Pero no es menos cierto que si le dejamos libre, de interferencias radiales, morirá igualmente. Hasta ahora, siempre ha sucedido así.

—Tendríamos que buscar a los mejores especialistas en cirugía del cerebro, Lola, y aun así…

Se interrumpió, pesimista.

—Se buscarán, Paul, —dijo decididamente la chica—. Cuando la suerte de la Humanidad está en grave riesgo, una vida humana no cuenta para nada.

—Pero eso es condenar a este hombre a la muerte —se escandalizó

Amina.

Lola miró desdeñosamente a la egipcia.

—No es seguro todavía. En cambio, en el momento en que los aparatos de radio se desconecten, el prisionero morirá. Y con él su secreto, pues es harto sabido que el aparato de radiocontrol queda destruido al recibir un voltaje de una intensidad muy superior al que puede soportar.

—Bien —suspiró el doctor—, entonces pondremos manos a la obra. Lola, usted, en su calidad de jefe de la investigación especial podría citar a los doctores que yo le indicaré. En mi opinión, son unas auténticas eminencias de la neurocirugía, y lo que ellos no puedan hacer, no lo hará nadie.

—Muy bien, Paul, déme sus nombres y yo me ocuparé del resto.

Keller hizo lo que le pedían y alargó el papel a Lola, que lo guardó en uno de los bolsillos de su traje. Levantó los ojos al oír hablar a Amina.

—Lo que yo no acabo de entender del todo es —dijo la egipcia—, por qué se les ha instalado un receptor de radio dentro de su cerebro. ¿No hubiera sido mucho más sencillo que cada uno hubiera llevado el suyo, disimulado entre las ropas o cosa por el estilo?

Lola movió la cabeza enérgicamente.

—No —dijo—. No, porque, tarde o temprano, un radiorreceptor en tales condiciones sería descubierto. Además, su portador, sabiéndose inmune a las descargas eléctricas, hubiera sentido veleidades anárquicas y no habría hecho caso de las órdenes recibidas. Por otra parte, y en mi opinión, esto es lo más importante, el aparato de radiocontrol viene a sustituir a una cosa que hasta ahora es privativa únicamente de unos pocos seres dotados de un excepcional privilegio.

—¿A qué privilegio se refiere usted, capitán Skalda? —preguntó la egipcia.

—Telepatía —afirmó rotundamente Lola, y repitió—: Telepatía. Un telépata digamos jefe, no podría dominar más que a unos pocos seres, y aun así desde muy corta distancia. En cambio, dotando a sus servidores de este aparato de radio, está en condiciones de darles órdenes en cualquier momento y en cualquier lugar, seguro, además, de destruirlos si le es preciso para conservar intacto su secreto.

Keller lanzó una exclamación de asombro.

—¡Una telepatía artificial!

—Exactamente, Paul —dijo Lola con toda serenidad—. Estos hombres tienen cierta libertad de acción, siempre que sus acciones vayan encaminadas a cumplir los siniestros fines del ser que los dirige. Pueden vivir y actuar como personas completamente normales, pero si reciben una orden, dejan todo por obedecerla ciegamente, ¿me comprenden?

Paul tragó saliva.

—Ahora sí, Lola, ahora sí. Voy entendiendo todo, y sé que nos estamos enfrentando con una de las más grandes amenazas sufridas jamás por la humanidad. Si no conseguimos vencer...

Lola completó la frase del doctor.

—Nos convertiremos en unos esclavos, Paul, esa es la palabra exacta.

En aquel momento se apagaron las luces. Durante un momento no ocurrió nada. El hecho nos había tomado tan de sorpresa, que todos nos quedamos paralizados, cosa lógica, pues en todos los casos similares suele ocurrir lo mismo.

—¡Vaya un fastidio! — exclamó Paul, con cierto disgusto.

—¿Qué habrá sido eso? — preguntó Amina.

—¿Alguna falla en la conducción de energía? —sugirió Lola.

Pero, de pronto, algo chispeó en mis circuitos.

Si no había luz, no había energía eléctrica, y careciendo de ésta, los emisores de radio productores de ondas interferentes no funcionarían. Entonces...

Yo creo que Paul lo adivinó al mismo tiempo que yo. Lanzó un grito estentóreo que más parecía un aullido.

—¡Luz! ¡Aunque sólo sea un fósforo!

Le contestó un alarido impresionante, un rugido de fiera salvaje en el paroxismo de su locura. Lola gritó también.

—¡El prisionero! ¡Se va a escapar!

—¡No! ¡Lo van a electrocutar! —fue el grito de Amina.

Se: oyó un seco crujido que sonó de modo espeluznante en las tinieblas.

—¡Ayúdame, Kabé! —pidió Paul, y por el tono de su voz, supe que se arrojaba sobre el prisionero para intentar reducirlo.

—No puedo, soy un «robot» —dije.

Los gritos del prisionero y los de los humanos resonaron estruendosos en aquel reducido ámbito. Más crujidos se oyeron, junto con desgarradores aullidos de agonía.

—¡Luz! ¡busquen una luz!

Algo se rompió con estallido de vidrios rotos.

Procurando por la seguridad de mis propias lámparas me busqué un rincón donde guarecerme. Lola lanzó de pronto una exclamación de dolor.

—¡Mi rodilla!

—¡Ayúdenme a sujetarle! — chillaba el doctor.

El estruendo era horroroso. Era evidente que tanto el prisionero como Paul luchaban de modo feroz. Amina lanzó un agudo grito, grito que se cortó de repente. Un par de emisores de radio cayeron al suelo, rompiéndose con fragoroso estrépito. Los chillidos del hombre robotizado eran espantosos.

De pronto, Keller lanzó un sordo gemido de dolor.

—¡Ay, mi estómago!

La puerta se abrió con seco chasquido, y por mis células visoras capté la oscura silueta del prisionero que corría hacia la habitación vecina. Amparándose el maltratado estómago con ambas manos, Keller corrió detrás de él, en un vano intento de reducirlo a la impotencia. .

No pudo conseguirlo; antes de que sus manos lo tocasen, el individuo se arrojó de cabeza hacia la ventana más próxima.

Un horroroso estallido de vidrios rotos hirió nuestros tímpanos cuando aquel desgraciado, sin duda cumpliendo órdenes de su misterioso jefe se precipitó en el vacío, estrellándose contra el pavimento de la calle

situado a ciento cincuenta metros bajo nuestros pies. Mareado, lleno todo él de náuseas, Paul regresó hacia donde estábamos nosotros.

Entretanto, Lola había conseguido hallar una caja de fósforos y había encendido uno. A su escasa luz vimos a Amina, tendida en el suelo, con el aire de una persona que se ha desvanecido a consecuencia de un golpe. Olvidándose de la sangre que le brotaba por varios de sus rasguños, el doctor se precipitó a socorrerla.

Mientras tanto, yo me dediqué a averiguar las causas de la interrupción tan repentina del suministro de fluido eléctrico. Un cortocircuito había provocado el estallido de los fusibles, cosa que pude reparar en unos cuantos minutos, con lo que la luz volvió del nuevo a nosotros.

Cuando las tinieblas se hubieron disipado, pude apreciar claramente los destrozos que la acción del individuo había creado. Su desconocido jefe había de ser ciertamente un individuo poderosísimo cuando había logrado chasquearnos de tal modo. Al interrumpir la corriente, los emisores de radio habían dejada de lanzar sus ondas interferentes y así sus órdenes habían podido ser recibidas con toda, facilidad.

Mientras trataba de arreglar los destrozos producidos por la fenomenal pelea, vi que Amina se recobraba lentamente, sentada en el mismo sillón donde antes estuviera el prisionero. Las correas aparecían rotas como si en vez de ser de cuero legitimo hubieran sido de papel; tal había sido la fenomenal fuerza desarrollada por aquel desgraciado que ahora yacía sobre el asfalto. .

Lola llamó al Departamento de Homicidios para arreglar el asunto legal de la cosa. Fui haciendo limpieza de aquello, y dé pronto mis ojos captaron un objeto que me pareció fuera de lugar en aquella estancia.

Llamé la atención de Keller.

—¿Doctor?

—Si, Kabé —dijo, terminando de atender a la egipcia—: ¿Te encuentras mejor, Amina?

—Si, gracias, Paul. No ha sido más que un simple desvanecimiento. El individuo me alcanzó con un manotazo, derribándome. Eso fue todo.

—¿Qué querías, Kabé? — dijo Paul cuando hubo terminado Amina.

—Esto es un microgeiger, ¿verdad? — dije, señalando la cajita.

—Ciertamente, Kabé.

—Supongo, y usted me corregirá si me equivoco, que este microgeiger lo utiliza usted para descubrir a los robotizados, basándose en el motor atómico que impulsa su corazón artificial, ¿no es eso?

—Dices la verdad, Kabé. Es un detector muy sensible y capaz de señalar la presencia de una persona robotizada a...

—Ahora no hay ningún ser de esa especie cerca de nosotros, doctor, y sin embargo, el microgeiger está funcionando. ¿A qué es debido eso?

Paul se volvió como herido por el rayo. Hasta entonces me había contestado casi vuelto de espaldas, pero mis palabras le hicieron reaccionar. Miró el titilar de la lámpara y lanzó una aguda exclamación:

—¿Habrá cerca de aquí algún espía de ellos? exclamó.

Moví la cabeza negativamente.

—Me temo que, no, que es otra cosa muy distinta lo que hace funcionar el contador. ¿Quiere acercarse, por favor, doctor?

Con los ojos dilatados por el asombro, Paul obedeció. Todavía no se había curado los rasguños producidos por los vidrios rotes que le habían alcanzado en el fragor de la lucha, y sangraba por varios sitios: una mejilla, la mano izquierda, el mentón...

Con el índice izquierdo tomé una muestra de aquella sangre, paseándolo teñido en rojo por el oscilógrafo del contador. La lámpara pareció enloquecer, volviendo a su ritmo normal al alejar el dedo a una distancia prudencial.

Por dos veces repetí la operación, y dos veces más sucedió exactamente lo mismo, ante los ojos asombrados de las dos muchachas, las cuales no acababan de dar crédito a sus ojos. Amína, sin embargo, fue la primera en darse cuenta de lo que le estaba pasando a Keller.

Saltó hacia él, colgándosele del cuello, gimiendo agudamente.

—¡No, Paul, no! —chilló, espeluznada—. ¡Sería horrible si a ti te robotizaran también!

El joven había palidecido, pero se mantenía sereno. Trató de echar a broma la cosa.

—Bueno, quizá es que haya por aquí algo radioactivo y… No creo que me vaya a ocurrir lo que tú dices, cariño, pero, de todas formas, para tranquilizarte, haremos ahora un examen microscópico de mi sangre, ¿te parece bien?

Amina asintió. Estoy seguro de que deseaba fueran ciertas las palabras de su prometido, pero ni el microgeiner primero ni el microscopio después mentían: la sangre de Paul estaba atiborrada de aquellos misteriosos glóbulos luminosos cuyo origen no habíamos conseguido desentrañar hasta el presente.

CAPÍTULO IX

Sabiendo que Paul tenía en la sangre aquella extraña infección que precedía inflexiblemente a toda robotización de un ser humano, él fue el primero en prestarse a ser sometido a toda clase de experimentos con el fin de contrarrestar la perniciosa influencia de aquellos microscópicos gérmenes. Pero todo fue inútil, y ni siquiera un cambio total de su sangre se pudo intentar, puesto que es bien sabido que hay vasos sanguíneos tan minúsculos que su diámetro es inferior al de un glóbulo rojo, y para vaciar estos de su líquido contenido se hubiera necesitado de un tiempo que, desgraciadamente, no poseíamos. No hubo otro remedio que dejar las cosas como estaban y aguardar, sometiendo al joven a una estrechísima vigilancia, a que llegara el inevitable momento en que, su desaparición se consumara. Entonces lo seguiríamos y…

Mientras tanto, sin embargo, no nos estuvimos quietos. Se reunió un formidable equipo de médicos, todos ellos sanos, sin la menor señal de haber sido robotizados y sin que en su sangre se advirtiera la curiosa infección que había en la de Paul. Éste mismo había decidido hacer un último experimento, y un buen día, en un quirófano, se le extrajo un litro de su sangre, cantidad que fue repuesta inmediatamente sin perder un segundo, inyectándosela en el mismo momento, después de habernos cerciorado que estaba limpia en absoluto de gérmenes nocivos.

Los componentes de la sangre extraída fueron separados

inmediatamente, por procedimientos novísimos. Los leucocitos a un lado, los glóbulos rojos o hematíes a otro, y el plasma, o elemento liquido aparte. Nos quedamos con los glóbulos rojos, que era lo que interesaba en aquellos momentos.

Enormemente interesados, contemplamos el primer resultado. En un frasco de vidrio, perfectamente estanco y climatizado, teníamos los glóbulos rojos, formando una pequeña pero imponente masa de unos cinco trillones de unidades, es decir, la cifra cinco seguida de dieciocho ceros. Calculando que uno de cada cinco de aquellos hematíes estaba afectado por la misteriosa enfermedad, resultaba, pues, que en aquel frasco teníamos la fabulosa cantidad de un trillón de corpúsculos luminosos y, efectivamente, sumido el quirófano en una discreta penumbra, no tardamos en ver producirse la misteriosa fosforescencia que tanto nos intrigaba e inquietaba.

Durante unos minutos, todos cuantos allí nos hallábamos presentes, contemplamos fascinados por el increíble espectáculo. Esperé que, al igual que había sucedido en ocasiones anteriores, aquellas diminutas chispas, ahora fácilmente perceptibles a. simple vista, acabaran por extinguirse. Pero no fue así, sino todo lo contrario.

En lugar de apagarse, aumentaron su brillo. Durante unos momentos, hice trabajar mis circuitos de modo intenso, tratando de desentrañar aquél, aparentemente, insoluble misterio. No tardé mucho, sin embargo, en comprenderlo todo.

¡Los gérmenes luminosos se estaban uniendo! Tuve que enviar unas cuantas unidades de refrigeración a mis lámparas, pues corrían el riesgo de estallar por exceso de voltaje. Me insulté a mI mismo, llamándome hombre por no haberlo comprendido antes.

En estado normal, la fosforescencia que despedía uno de aquellos gérmenes no era perceptible sino a través de las lentes del microscopio. Ahora bien, ya desde el primer momento, una vez producida la penumbra, se había visto luz, luego era evidente que, solos los hematíes, sin ningún otro elemento de los constituyentes de la sangre, sin solución alguna de continuidad entre ellos, se estaban agrupando entre si, formando pequeñas masas fosforescentes, que si al principio tenían el tamaño de la punta de un alfiler, poco a poco, de, modo lento, gradual, pero incesante, fueron aumentando a medida que los pequeños grupos se iban acumulando los unos a los otros.

El fascinador espectáculo retuvo la respiración de todos los humanos allí presentes. Las masas de luz verdeamarillenta se iban haciendo

paulatinamente mayores, hasta que sólo quedó una especie de glóbulo, gigantesco en comparación con el resto del contenido del bocal, sobre la masa de hematíes que agonizaban lentamente.

Aquella masa, que despedía una luz perversa, siniestra, tan maligna como si en su interior se hubiera ocultado un millar de demonios, se retorció en silencio, agitándose lentamente, recorriendo las paredes de vidrio en todas direcciones, al mismo tiempo que adoptaba formas de todas clases: estrelladas, esféricas, ovoideas e incluso poligonales. Vivía y, al mismo tiempo, parecía estar sufriendo todos los tormentos del averno, pero queriéndolos transmitir a los humanos.

No tendría un tamaño exagerado, sobre todo comparándolo con el litro de sangre que había sido extraído al doctor Keller; en realidad, apenas si mediría dos o tres centímetros. Sin embargo, era suficiente para inspirar de por sí un horror sin nombre, un espanto para el cual no hay palabras suficientes con qué describirlo. De no haber sabido que era una cosa amorfa, sin, al parecer inteligencia, hubiera pensado que nos estaba maldiciendo a todos nosotros.

Aquello duró un cuarto de hora largo, durante el cual, nadie de los presentes, todos ellos fascinados, hipnotizados por el increíble espectáculo, osó despegar los labios. Luego, poco a poco, aquella fosforescencia se fue extinguiendo hasta apagarse totalmente, y entonces, cuando se hubo hecho la luz, vimos se había convertido en una masa negruzca de aún más repelente aspecto, si aquello era posible.

La cesación aparente de la vida en aquel ser o conjunto de seres, pareció devolverla a los presentes. El doctor Khyvvar, una eminencia en biología fue el primero en actuar y tomó el bocal, destapándolo.

Inmediatamente, un hedor espantoso se esparció por el quirófano. Voces de disgusto salieron de todos los labios, al mismo tiempo que Khyvvar se apresuraba a tapar de nuevo el frasco, cortando así la afluencia de aquel espantoso olor. Celebré en aquellos momentos, más que nunca, ser un «robot»; ciertamente me hicieron un gran favor al construirme desprovisto del sentido del olfato.

Pero el interés científico se imponía; era preciso analizar aquella misteriosa sustancia, que ahora no parecía sino un trozo de viscoso fango, y los médicos se enmascararon, protegiéndose convenientemente la pituitaria. Mientras tanto, Lola y yo salimos fuera del quirófano, dejándolos a ellos atareados en su labor.

—¿Qué te ha parecido lo que acabamos de ver? dijo la muchacha, abriendo una de las ventanas y respirando ansiosamente el aire puro.

—Pues... algo que puede darnos todavía muchos quebraderos de cabeza, jefe. Por lo pronto, no podemos hacer sino aguardar a que la desaparición de Keller se produzca. Entonces...

Lola asintió con gesto sombrío. Le ofrecí un cigarrillo, y la chica lo encendió maquinalmente con aire preocupado.

—Si supiéramos qué es eso que produce la fosforescencia, cuál es su origen y cuál es la manera de combatirlo, lo tendríamos todo ganado. Lo malo es —suspiró—, que no sabemos otra cosa sino que al cabo de cierto tiempo, la persona que tiene infectada la sangre, desaparece y reaparece después de haber sido robotizada.

—Lo cual quiere decir una cosa, Lola. Ése o esos individuos, sean quiénes sean, tienen un escondite seguro donde efectúan sus operaciones quirúrgicas, instalando el corazón artificial y el aparato de control en el interior del cuerpo del individuo a quien previamente han sometido a su voluntad.

—Eso es lo que me supongo yo, Kabé — dijo Lola —. Es evidente que tienen su laboratorio en algún lugar. Pero, ¿dónde? ¿En la Tierra? ¿En la Luna? ¿O quizá en algún remoto planeta que ni siquiera soñamos? ¿Qué clase de seres son y qué maravillosa civilización es la suya que les permite realizar tales portentos?

No pude dar respuesta a aquella pregunta. Luego nos enzarzamos en un agitado diálogo, inútil discusión sobre puntos harto conocidos de ambos, pero tratando de estudiarlos de nuevo para ver si hallábamos una nueva pista que pudiera guiar nuestros pasos mejor de, lo que habían sido hasta entonces. Así transcurrió una hora larga hasta que, de pronto, la puerta del quirófano se abrió, y Paul y Amina salieron de ella con un semblante en el que se reflejaba claramente el abatimiento que los poseía.

Lola se adelantó con viveza hacia ellos. No habló; se limitó a utilizar la mirada para formular su pregunta.

El doctor movió su cabeza.

—Nada —dijo, con un acento en el cual se transparentaba el desaliento—. El análisis no ha dado el menor resultado, excepto saber que es una gelatina de origen animal, pero sin ninguna característica especial. Al parecer, una vez pierde su fosforescencia, muere, casi

seguro porque no puede vivir fuera de la sangre.

—No veo entonces el objeto que tiene el reunirse todos los corpúsculos luminosos en un solo — objetó Lola sensatamente, a lo cual Paul no supo qué responder.

—Es verdaderamente misterioso — murmuré.

—Todavía tenemos que aprender mucho — murmuró Amina, mirando acto continúo a su prometido —. Vamos a casa, Paul; necesitas un poco de descanso.

—Si— respondió el médico, y en aquel momento se oyó un sordo quejido.

Solamente la rapidez de mis circuitos impidió que Lola cayese al suelo. La sujeté por los brazos, pero la muchacha se repuso al instante. Sonrió, como disculpándose.

—No ha sido nada... Un simple mareo...

—Usted también tendría que descansar, capitán Skalda —dijo Amina —. Últimamente ha trabajado con exceso. Si yo fuese su médico, la recomendaría unas vacaciones de un mes cuando menos.

—Gracias, doctora Fawzi. Posiblemente tome en cuenta su recomendación.

—Mientras tanto —intervine—, sería muy recomendable me dejasen entrar ahí al lado para ver si encuentro algo con que reanimar al capitán Skalda. ¿Viene usted o me lo llevo a la fuerza? — me dirigí a la chica.

—Discúlpenme —sonrió Lola—, pero Kabé es un tirano y no me queda otro remedio que obedecerle. Les veré en otro momento... y usted, doctora Fawzi, téngame, al corriente de todo cuanto le ocurra a su prometido. No deje de avisarme en el momento en que Paul empiece a hacer cosas raras, ¿comprende?

—Por supuesto, capitán Skalda. Váyase, se lo ruego.

Lola y yo entramos en el quirófano, donde permanecimos unos momentos, dirigiéndonos después a su casa. Desde allí marqué un número en el visófono y aguardé a que el rostro de Keller apareciera en la placa de vidrio.

—¿Qué hay de nuevo, Kabé?

—Poca cosa, doctor, excepto que... ¿Está por ahí la doctora Fawzi?

El lindo rostro de Amina asomó al instante por encima del hombro de Keller.

—Aquí me tienes; Kabé. ¿Qué ocurre ahora? Simplemente, una cosa: el capitán Skalda tiene también infectada la sangre, lo mismo que usted, Paul. Esto es lo que le causó aquel pasajero mareo, ¿lo recuerdan?

* * *

Cuatro semanas más tarde la doctora Fawzi me llamó, angustiadísima.
.

—¡Kabé, Kabé! — chilló, a través del micrófono.

Tenía el rostro descompuesto y era evidente que estaba al borde de, una crisis de nervios.

—A sus órdenes, doctora Fawzi. ¿Le ocurre algo? —pregunté.

—Ha sucedido lo que tanto temíamos. Paul..., el doctor Keller ha desaparecido. ¡Por favor! ¿Dónde está el capitán Skalda?

Meneé la cabeza con gesto pesimista.

—En estos momentos no se encuentra en casa. No obstante, si quiere aguardar un momento, el capitán tiene, instalada aquí una línea directa con su departamento. No se mueva; voy a llamarle y le comunicaré lo ocurrido, ¿quiere?

—Sí, sí, Kabé; pero, por lo que más quieras, date prisa.

Me retiré del visófono para volver a él un par de minutos más tarde. Volví a mover la cabeza negativamente.

—Mal asunto, doctora Fawzi.

—¿Quéee... ? — dijo Amina, adivinando la verdad aun antes de saberla.

—Lo que usted piensa, doctora. El capitán Skalda no ha ido en todo el día a su departamento. Calculo, pues, que ha debido desaparecer, del mismo modo que lo ha hecho el doctor Keller.

Amina se llevó las manos a la cara.

—¡Dios mío—sollozó—. ¡Lo van a robotizar! ¿No podemos impedirlo, Kabé?

Medité unos momentos.

—Acaso vayamos con retraso, pero el capitán Skalda previó lo que podía sucederle y se llevó un emisor de señales de radar. Podemos guiarnos por ellas y...

—Si, Kabé; eso es lo que vamos a hacer inmediatamente. Seguiremos al capitán Skalda. Donde esté ella, estará también Paul, ¿no crees?

Me incliné levemente, asintiendo.

—Una sugerencia muy acertada, doctora. Ahora, si usted me lo permite, yo iré a recogerla en el propio helicóptero de la señorita Skalda. ¿Le parece bien?

—Estaré contando los minutos que faltan para que llegues, Kabé —fue la ansiosa respuesta de la egipcia.

—Hágalo en la terraza; así perderemos menos tiempo —después de lo cual cerré la comunicación y dispuse todo para la marcha.

Media hora más tarde volábamos raudamente, guiados en determinada dirección por las señales emitidas por el transmisor que Lola había tenido la precaución de llevarse consigo. Una vez hube orientado el aparato forcé el régimen de sus chorros y nuestra velocidad bordeó muy pronto la del sonido, que acaso pueda parecer pequeña, pero que resulta grande si se tiene en cuenta que era un aparato ciudadano, más que para recorrer grandes distancias.

—¿Cuánto tiempo hace que falta el capitán Skalda, Kabé? —me preguntó Amina al cabo de un buen rato de silencio.

—Pues... teniendo en cuenta que debía haber estado en su despacho a las nueve de la mañana, y son ya las tres de la tarde; seis horas en total.

—¿Habrá tomado ella algún vehiculo como el nuestro, Kabé?

Alcé los hombros.

—Supongo que sí; no iba a ir a pie, ¿verdad? Amína se mordió los labios.

—Por supuesto; debí de haber evitado la pregunta. Sin embargo, es extraño que separándonos tanto tiempo de ella los impulsos del radar lleguen de modo tan nítido.

—Oh, es que es un transmisor muy potente, doctora. El capitán Skalda previó todo y no quiso dejar nada al albur.

La egipcia asintió y durante, mucho rato no hablamos nada, limitándonos a contemplar el paisaje que se deslizaba rápidamente bajo nuestros pies. Las señales radáricas continuaban afluyendo regularmente a la pantalla y guiaban al piloto automático que conducía al helicóptero a su objetivo.

Volamos durante largas horas. Era ya la hora del crepúsculo, cuando, de pronto, las señales se intensificaron en la pantalla, haciéndose ahora más rápidas y frecuentes.

—Me parece que estamos llegando ya —dije, recuperando los mandos nuevamente. —¿Lo crees así, Kabé?

Por toda respuesta señalé la pantalla de radar.

—Véalo usted misma, doctora. La intensidad de las señales aumenta a medida que nos vamos acercando al aparato que las emite. Es evidente que estaos a punto de alcanzar al capitán Skalda, y donde esté ella agregué picarescamente —estará el doctor Keller, ¿no cree?

—¡Ojalá sea así! — declaró sinceramente la hermosa morena.

Guiados de forma inexorable por las señales, nos fuimos acercando al objetivo. Disminuí la marcha, al mismo tiempo que perdía altura, y Amina no pudo contener un sobresalto al ver el lugar hacia el cual me dirigía.

—Kabé... exclamó, ¿adónde me llevas?

La chica tenía razón. El radar nos llevaba hacia la falda de una impresionante montaña, que caía a pico desde una altura considerable. Proporcionando a la vista un espectáculo realmente incomparable. Pero ahora no nos atraía la contemplación del panorama, sino el objeto de nuestro viaje hasta allí.

El helicóptero continuó perdiendo altura y velocidad simultáneamente. Corregí unas cuantas veces su rumbo, siguiendo siempre las indicaciones de la pantalla y al fin tomé tierra.

El silencio era: absoluto en aquel lugar. Por encima de nosotros, el muro vertical de la montaña se alzaba de forma impresionante a unos cuantos centenares de metros, cortado de tanto en tanto por colosales grietas que más parecían furibundos tajos causados por la espada de algún gigante. Los materiales y escombros causados por la erosión de siglos se habían ido depositando al pie del farallón, formando un terroso plano inclinado, en el que crecían numerosas árboles y arbustos propios de aquella zona montañosa...

Emprendimos la ascensión de la ladera, encaminándonos en línea recta hacia la grieta frente a la cual me había visto obligado a detener al helicóptero. No tardamos en llegar a ella y nos adentramos entre sus estrechísimos muros

La grieta era menos profunda de lo que parecía, y así, en pocos momentos, la recorrimos en toda su longitud. Alguien debía de estar observándonos, mediante algún invisible objetivo de televisión, desde su interior, porque, repentinamente, y sin el menor ruido, un trozo de roca giró silenciosamente a un lado, dejando ver una negra abertura en su lugar.

Miré a Amina y ella me miró. La egipcia vaciló unos segundos, y luego, tomando una decisión, echó a andar con paso firme. Yo la seguí, y no me extrañó que, apenas traspasado el umbral de aquella misteriosa puerta, la roca volviera de nuevo a su primitivo estado, dejándonos sumidos en la más absoluta oscuridad.

CAPÍTULO X

Aquella oscuridad duró, sin embargo, muy poco. Una luz difusa comenzó a impresionar mis células visuales, aumentando poco a poco de tamaño, hasta permitirnos ver con toda claridad lo que nos rodeaba, que no era ni más ni menos que una especie de vestíbulo de buen tamaño, excavado en la propia roca de la montaña, y en cuyo centro se veía una especie de plataforma circular, cuya utilidad, de momento, no supimos comprender.

Pero no tardamos mucho en saberlo. De algún rincón ignorado de la gruta surgió una voz, de tonos normales, que dijo:

—Sírvanse colocarse sobre la plataforma.

—¡Qué gracia! — exclamé, no sintiendo ninguna, en verdad.

Hicimos lo que se nos ordenaba, y al momento la plataforma perdió altura, de modo suave, sin sobresaltos. Descendimos durante lo que yo calculé a «groso modo» unos doscientos metros, y de repente, la plataforma salió a un espacio descubierto.

Lo llamo así porque, en comparación con el vestíbulo, es la descripción que mejor le cuadra. En realidad era una enorme excavación, que no podía haber sido hecha por manos humanas y cuyos límites se perdían literalmente de nuestra vista. Un centenar de metros de altura por quinientos de anchura y una longitud indefinida eran las dimensiones que yo calculé tenía aquella gigantesca oquedad situada en el corazón de la montaña.

Además, en sus costados, se veían las entradas a otras excavaciones menores, pero que no obstante, se adivinaban también de buen tamaño. El suelo, por medios mecánicos, había sido alisado y, en general, era llano, sin duda para permitir la fácil circulación a los pequeños vehículos de tres ruedas que iban y venían por todos los lados, transportando hombres y materiales sobre sus plataformas. Era un movimiento aparentemente desordenado, pero tendente a un fin fácil de suponer.

Un hombre se nos acercó, vestido solamente con unos «shorts» y unas sandalias, de pie sobre la plataforma de uno de aquellos carritos, tan parecidos a los usados por los descargadores del muelle. Sin duda debía tener órdenes concretas porque se dirigió a nosotros rectamente, sin la menor vacilación.

—Subid —dijo—. El Gran Amo os espera.

—El Gran Farsante estaría mejor dicho —mascullé para mis circuitos.

Obedecimos sin rechistar. El hombre puso en marcha la carretilla, haciéndola girar en redondo, y tomó un camino que bordeaba el recto muro de la excavación.

En tanto caminábamos, mis circuitos visuales no dejaban de captar las imágenes que se ponían a nuestro alcance. Así vi, adosadas a la pared, numerosas máquinas que parecían de control, que estaban situadas a

unos tres o cuatro metros de altura sobre el suelo, encima de sendas plataformas cuyo borde estaba protegido por un pasamanos, los cuales consistían, esencialmente, en una especie de cuadro indicador, dotado de infinidad de lámparas iluminadas casi todas ellas, y en las cuales predominaban casi totalmente los colores rojo y verde. Las lucecitas permanecían casi constantemente encendidas, pero con bastante frecuencia las verdes cambiaban a rojo, y algunas de éstas se apagaban, no volviéndose a encender más. Luego sabría que el tono verde indicaba los sujetos que habían sido infectados con aquellos misteriosos gérmenes; el rojo, los que ya habían sufrido la operación mecánica quirúrgica, y las apagadas los que ya no servían para nada, o sea que eran inutilizados por los medios de represión. Pero había tantas máquinas y dentro de cada una de estas tantas luces, que creí notar algo impropio de un «robot»: el mareo.

Continuamos rodando sobre la carretilla, a pequeña velocidad. Todos los humanos que, había allí continuaban afanados en sus tareas, sin dárseles un ardite de nuestra presencia en aquel lugar. Sabiendo que no éramos los primeros en llegar, se comprendía fácilmente aquella actitud.

A unos ochocientos metros de la entrada, la carretilla viró hacía la derecha, adentrándose en una cueva lateral, de techos mucho más bajos que la grande. Ésta, a su vez, tenía también accesos a otras excavaciones más pequeñas, pero con la particularidad de tener puertas que vedaban el acceso a ellas, cosa que no dejó de defraudar bastante mi curiosidad.

Un minuto más tarde el vehículo se detuvo ante una puerta que ocupaba la pared final de la cueva. Apenas lo había hecho, la puerta se abrió.

El humano saltó al suelo y nos hizo una señal con la cabeza.

—Pasad — dijo con laconismo, y tanto Amina como yo obedecimos.

La puerta se cerró a nuestras espaldas. Entonces fue cuando nos dimos cuenta de que nos hallábamos en el antro del Gran Amo.

Lo que había allí era horroroso, espeluznante y, sobre todo, repelía. Había que tener los circuitos muy ajustados para poder resistir aquellas horribles visiones que más parecían una pesadilla que una realidad, y cuando mi vista hubo recorrido todo sentí la necesidad de refrigerar mis mecanismos interiores. Realmente lo estaba necesitando.

En primer lugar vi una serie de tubos o bombonas de vidrio, unas veinte o veinticinco en total, de unos dos metros de grueso por cuatro o cinco de altura. Cada una de ellas estaba conectada a un gran balón de oxígeno, en tanto que su interior estaba lleno a medias por aquella extraña substancia fosforescente que ya conocía tan bien. El horror que emanaba de aquellos seres que se mantenían en una atmósfera de oxigeno puro era realmente indescriptible, y un humano necesitaba tener los nervios muy bien templados para poder soportarlo.

Aquellos extraños seres fosforescentes no se estaban quietos nunca. Subían y bajaban por el interior de las bombonas, fragmentándose de continuo y volviéndose a unir, adoptando mil formas distintas sin cesar, hirviendo en una agitación de vida impura y demoníaca que dominaba cuanto se hallaba en torno suyo. Pero esto no era todo.

Detrás de cada bombona había otra, ésta vacía, unida a la anterior por un estrechísimo tubo de vidrio del grueso de un cabello. Claramente veíamos crecer aquellos seres hasta el punto en que casi parecían ir a llenar el recipiente que los contenía. En aquel momento una parte de su verdosa masa se ahilaba, estirándose hasta lo indescriptible, y pasaba a la bombona adyacente, en donde, retorciéndose continuamente, comenzaba a crecer de nuevo. Supuse, y no sin razón, que aquello ocurría cuando su tamaño hacía imposible que el oxígeno suministrado le bastase para su propia existencia y así, al multiplicarse podía continuar viviendo.

Dos hombres, vestidos de blanco de pies a cabeza, aparecieron de pronto y cargaron con una de las segundas bombonas, llevándoselas de allí, una vez su contenido hubo alcanzado el tamaño crítico. Otros dos humanos colocaron una nueva bombona, enlazándola rapidamente con la anterior, y aquellos que habían cogido la primera desaparecieron con ella por la puerta que había servido para nuestro acceso.

Todavía no he acabada la descripción, A nuestra derecha la cueva estaba partida en dos por una transparente pared de vidrio, al otro lado de la cual se veía un magnifico quirófano, dotado de un instrumental como yo no había visto jamás hasta entonces. Un montón de humanos, vestidos con blancas batas se afanaban en torno a la mesa de operaciones, y no me fue difícil suponer lo que estaban haciendo.

Durante unos momentos no ocurrió nada. Al otro lado de la, pared de vidrio, una puerta se abrió y dos digamos enfermeros penetraron por allí empujando una camilla con ruedas. Otros dos, con un segundo

artefacto similar, les siguieron.

La primera estaba vacía, y sirvió para llevarse al humano recién operado. La segunda estaba ocupada por el doctor Keller, sumido ya en los preliminares de la anestesia.

Amina lanzó un grito de sorpresa al reconocerlo. Pero no tuvo tiempo de actuar; antes de poder hacer nada, una voz sonó claramente en la estancia.

Era curioso; la voz parecía brotar de todas y cada una de las bombonas a la vez y, de repente, noté la sensación de ser observado por billones de pupilas carentes de humanidad, porque, sencillamente, no pertenecían a ningún ser humano.

—Escuchadme vosotros que estáis ahí. Yo soy el Gran Amo, el dueño de todos vosotros, el ser que os manda y a quien debéis ciega obediencia. Estáis ahí para rescatar a uno de los vuestros, pero solamente porque yo lo he querido. De haberlo deseado, ya estaríais destruidos; pero antes de ello quiero que veáis las maravillas que soy capaz de hacer.

»Ahora mis servidores van a sustituir el cerebro y el corazón del llamado doctor Keller, quien, de inmediato, se convertirá en un servidor mío. Decenas de operaciones como estas se realizan aquí a diario, y a diario también salen mis servidores para esparcirse por toda la redondez de vuestro planeta. Somos muchos, es cierto, pero mi poder no conoce limites, y acabaré dominándoos a todos.

»Sois muchos —repitió la voz—, pero yo soy más. Soy uno y soy billones, trillones de seres. En cada bombona veis a uno de nosotros. Podemos unirnos y ser uno solo, y también podemos dividirnos en partículas tan pequeñas que cabemos perfectamente en uno de vuestros glóbulos rojos. Nuestra fuerza es inmensa, infinita, insuperable.

»Cuando nos sacan al aire libre, morimos. Pero para nuestro número ésta es una pérdida inapreciable. No lo notamos tan siquiera. Esto ocurre cuando vuestros servicios de seguridad atrapan a uno de mis servidores.

»Pero cuando no es así, cuando el hombre que nos lleva en su sangre viene aquí, salimos de ella, volviendo a nuestro refugio, multiplicándonos si nos conviene, deteniendo nuestra reproducción si advertimos que nuestro número, por el momento, se ha hecho excesivo.

»No es necesario que siga explicando más las cosas. Os permitiré ver la técnica operatoria que se va a seguir con el llamado doctor Keller, y luego...

Le interrumpí. «Aquello» podía tener inteligencia, pero no era estrictamente un ser humano.

—Un momento —dije—. Me gustaría saber de dónde has venido, Gran Amo. Tu origen es desconocido para nosotros, ¿comprendes?

La voz asintió:

—Vengo de muy lejos y muy cerca a la vez. No es el vuestro el único planeta donde vivo. Hay cientos de ellos que me obedecen, como vosotros acabaréis por obedecerme. No vine a la Tierra considerándolo como una unidad aislada, sino porque supe que, al igual que centenares de miles de planetas, estaba habitada por seres como vosotros. Y todos, absolutamente todos, tenéis que obedecerme a mí, al Gran Amo.

Con el rabillo del ojo vi que Amina estaba muy pálida, pero resistía perfectamente. De todas formas, aún tenía una pregunta que formular, aunque ya me barruntaba la respuesta.

—Lo que no comprendo es —dije—, por qué, además del aparato de radiocontrol que instalas en el cerebro a los humanos, le haces substituir también el corazón, Gran Amo.

—Muy sencillo —me respondieron—, porque es otra de las vísceras importantes de vuestro cuerpo.

—¡Hum! No sé por qué, me parece que antes de haber emprendido acción alguna contra los humanos debiste estudiarlos primero, ¿no es así?

—Ciertamente. Y me bastó tener un ejemplar de muestra para saberlo todo, absolutamente todo.

No pude contenerme y el circuito de la hilaridad se me disparó estruendosamente.

—¡Oh Gran Estúpido, Grandísimo Idiota! Sólo a un ser tan superlativamente imbécil como tú se le ocurriría substituir el corazón de un humano por otro artificial. Estudiaste a los humanos, si, y supiste de la importancia de esta víscera. Pero no te hacía falta substituirla; ella no tiene inteligencia como el cerebro; no es más que

una bomba que impele y expele la sangre a través del sistema circulatorio. La inteligencia de los humanos reside en el cerebro, no en el corazón, y si algo has oído hablar de esto, seguramente que fue a algún poeta o cosa por el estilo. Te llamas a ti mismo Gran Amo y no eres más que un montón de gelatina fosforescente, ¡que yo voy a destruir ahora mismo!

Di un paso hacia adelante y en el mismo momento sonó un grito a mis espaldas:

—¡Quieto, Kabé! ¡No te muevas!

Me volví rápidamente. Amina tenla una pistola en la mano y me encañonaba firmemente.

Dijo:

—Un balazo de éstos no te haría gran cosa, probablemente; pero es un proyectil hueco, con una potente carga eléctrica que fundiría automáticamente todos tus circuitos. No hagas nada, Kabé; quiero conservarte íntegramente tal como eres, ¿me entiendes?

—Soy un «robot»...

—Y me debes obediencia a mí, a un humano —dijo Amina duramente.

—No —repuse con energía—. Yo solo obedezco a los humanos que lo son plenamente; no a quienes, como tú, están convertidos en un «robot» como yo. Tu aspecto exterior es humano, y muy agradable por cierto; pero eres una máquina que hay que destruir también, como al sedicente Gran Amo,

—¡Te mataré, Kabé! — dijo la egipcia con concentrados acentos de odio.

—Es una lástima — dije, meneando la cabeza—, Una lástima, en verdad. Una chica tan guapa... y que se haya convertido en cómplice voluntario del Gran Amo. Te imbuyeron en la cabeza unas ideas completamente disparatadas. Raza de Señores. Dominadores de la Tierra. Dueños de todas sus riquezas. El Poder Absoluto. ¿No es cierto, preciosidad?

La mano que sostenía la pistola se movió nerviosamente.

—Aparta a un lado, Kabé —dijo la egipcia.

—No. Debes ser castigada, Amina. Tú has sido la que provocaste todos los sucesos que durante tanto tiempo nos desconcertaron, empezando por la muerte del doctor Sandeman y terminando con la del individuo que teníamos preso en casa de Keller y a quien confiábamos hacer hablar. Aquel cortocircuito fue hábilmente provocado, ¿verdad, guapa?

—No quiero escuchar más, Kabé. Te voy a destruir.

—Es posible — dije con indiferencia —; pero tú no saldrás con vida de aquí.

—¿Lo crees así? —rió ella—. Mira, ahí al lado está Keller. Cuando se haya repuesto de la operación nos casamos. Luego entre él y yo dominaremos a la Tierra. Si, Kabé; tú lo has dicho. Raza de Señores. Eso es lo que pensamos crear nosotros. Ahora estamos en el principio, pero pronto alcanzaremos plenamente nuestros objetivos.

—Naturalmente, no robotizaréis a todos los humanos. Sería una tarea enojosamente larga, además de fatigosa. Solamente con tener unos cuantos millones que os obedezcan ciegamente, perfectamente controlados, podréis gobernar el planeta, naturalmente que por delegación del Gran Amo, ¿no es así?

—Tú lo has dicho, Kabé.

—¿...Lola?

—La destruiremos también —dijo, con tono implacable, la muchacha.

—Eso quiere decir —agregué con cierta negligencia— que no confías mucho en las virtudes del aparato de radiocontrol que instalan los esbirros del Gran Amo en el cerebro de los humanos. ¿O acaso tienes celos de ella?

Enrojeció vivamente. —¡Calla, Kabé!

—Es una chica muy guapa y un día podría molestarte, ¿verdad?

Los ojos de Amina brillaron repentinamente y comprendí que iba a disparar contra mí. Entonces moví con gesto rápido y brusco mi pie izquierdo.

Soy «robot» prevenido y no había dejado nada al albur. Tenía en el tacón izquierdo algo a base de magnesia que, de pronto, se inflamo, produciendo una luz vivísima, deslumbradora. Amina lanzó un grito

de rabia y apretó el gatillo de su pistola.

Pero yo ya no estaba en el lugar en donde ella suponía, sino unos metros más allá, y ya había aparecido una pistola en mi mano.

Era la primera vez que Iba a disparar contra un ser humano y mis circuitos se resistieron furibundamente al gesto. Tuve que enviarles la idea de que, pese a su apariencia, era tan «robot» como yo, y entonces pude vencer aquella resistencia interna y apretar el gatillo.

Amina lanzó un quejido y se dobló sobre si misma, cayendo muy lentamente al suelo. Me lanzó una última mirada de odio y murió.

Mientras tanto, en la habitación de al lado, las cosas habían continuado de manera normal. Me di cuenta e que, con toda seguridad, el mamparo de vidrio era transparente sólo del lado en que me hallaba yo, por lo que los humanos allí situados no habían podido ver nada. Todavía no había comenzado la operación, por lo que todavía tenía tiempo de hacer algo. .

Sin vacilar me dirigí hacia las bombonas de vidrio. El ser contenido en ellas se agitó epilépticamente, como comprendiendo lo que iba a hacer. Chilló y se debatió, pero todo fue, inútil. Una tras otra, fui cerrando todas las llaves de paso de los balones de oxigeno, cortándoles así el suministro del gas que tan vital era para la existencia de aquel maligno ente.

Durante unos minutos las gelatinas se agitaron frenéticamente, como buscando una salida que no podían hallar. Pero poco a poco sus movimientos fueron languideciendo hasta paralizarse totalmente y entonces perdieron su fosforescencia y comenzaron a ennegrecer.

— ¡Raza de Señores! ¡Raza de Podredumbre, está mejor dicho! —exclamé cuando me hube convencido de que todo habla terminado allí. Y entonces, sacando algo del bolsillo, lo arrojé con fuerza contra el vidrio.

La bomba de termita fundió en dos segundos el mamparo, abriendo un ancho boquete en él. Los médicos que allí había se dirigieron airadamente hacia mí, pero les contuve fácilmente con la pistola.

—¡Quietos! —exclamé, sin decirles mi condición de «robot» —. Al primero que se mueva, lo aso vivo.

—El Gran Amo... — empezó a decir uno de ellos.

—El Gran Canalla ya no existe. Yo mismo acabo de liquidarlo.

Los médicos se miraron entre si y luego un par de ellos corrieron hacia el sitio que yo había señalado. Mientras, ordené a uno que despertara a Keller y a otro que me trajera a Lola.

El doctor Keller se despertó como si viniera de una región muy alejada de nosotros. Se asombró al encontrarse allí, pero le expliqué en dos palabras lo ocurrido.

Inclinó la cabeza.

—¡Amina! ¿Quién lo hubiera dicho? —murmuró, apesadumbrado.

—Ella fue la que le infectó la sangre: doctor. Lo quería para ella, pero robotizado, convenido en una máquina humana, que satisficiera plenamente sus ambiciones. Lamento tener que decir que termine con la egipcia, pero era necesario. Ella era uno de los pocos humanos que se habían prestado voluntariamente al juego de aquel perverso ente.

Lola apareció entonces tan fresca y satisfecha como sí no la hubiera pasado nada. Keller se asombro entonces de verla allí.

—Kabé me aconsejó fingiera tener yo también la sangre infectada. Sospechábamos de Amina — se explicó la rubia —, pero queríamos tener la prueba completa.

—Y ahora, ¿qué haremos? —preguntó Keller, vacilante.

—Todavía quedan muchos libres a quienes hay que desenmascarar —contestó Lola—. Algunos lo harán voluntariamente; otros persistirán en sus maquiavélicos propósitos. Con éstos no tendremos la menor compasión. Vámonos de aquí concluyó, impaciente.

Salimos los tres de allí y al llegar a la caverna grande presenciamos un espectáculo increíble.

—Me parece que los humanos robotizados nos van a dar muy poco trabajo —dije.

Efectivamente, los individuos que allí había, libres de la opresión sentida hasta entonces, se dedicaban a grandes transportes de alegría, humanos de nuevo al cesar su esclavitud. Algunos se dedicaban a destrozar las máquinas de control, en tanto que otros lo hacían con las bombonas de vidrio que aún contenían los fragmentos de aquel repelente ser que era y tantos a la vez.

—Era una inteligencia fenomenal—dijo Lola.

—Pero diabólica —murmuré yo.

Una bombona se estrelló contra el suelo, casi a nuestros pies, rompiéndose con estrépito. La gelatinosa masa verdosa fosforesció mas que nunca, arrastrándose por el pavimento en busca del gas vital que el aire atmosférico no podía proporcionarle sino en cantidad insuficiente. Pronto se oscureció y murió, empezando a heder.

—Se explica que viviese en el interior de los glóbulos rojos, puesto que éstos están cargados de oxígeno —dije, en tanto nos alejábamos a toda prisa de aquel espantoso lugar—. Y una vez habían agotado el oxígeno contenido en el glóbulo, salían de él y morían, si esto, naturalmente, ocurría fuera de una vena humana.

—Lo que no me explico es cómo ese ser pudo llegar hasta la Tierra —dijo Keller.

—Posiblemente no lo sabremos nunca. Acaso alguna expedición terrestre a algún remoto planeta fue atacada por uno de sus fragmentos y vino en la sangre de los astronautas. ¿Quién sabe? ¿Lo interesante es que ya está todo acabado, gracias a Dios.

—Pero, ¿cómo sospechaste de Amina, Kabé?

—Por el microgeiger, Paul. Estaba funcionando antes de que le acercara su sangre. Sí lo recuerda bien, verá que sólo se influenciaba cuando la acercaba mucho al oscilógrafo. En cambio, la lámpara señalaba la presencia de algo radioactivo aunque tuviera la sangre lejos del aparato, y ese algo radioactivo no podía ser más que el corazón artificial de la chica.

No hablamos más hasta que hubimos salido de la cueva y vuelto a nuestro helicóptero. La desbandada se producía ya y Lola empezó a radiar mensaje tras mensaje, dando la noticia de lo ocurrido y pidiendo fuerzas para salvaguardar aquello. Yo moví la palanca de gases y el aparato se elevó raudamente.

Durante un rato permanecimos en silencio. Yo iba en el asiento delantero y Paul y Lola en el posterior. La muchacha evitaba mirar al médico, el cual, la verdad no sabia que decirle. Pero yo no iba a ayudarle; hay ciertas cosas que se deben hacer por si solos.

Sin embargo, llegó un momento en que me convencí de que Paul necesitaba a alguien que le echase un cable. Me quejé:

—¡Esta vida de «robot» es un asco!

—¿Por qué lo dices, Kabé? —preguntó el doctor.

—Pues… mis circuitos prevén una boda para muy pronto.

—¿Qué dices? ¿Qué tiene que ver eso con tu condición, Kabé?

A través del espejito retrovisor pude captar el sonrojo de la muchacha y la turbación del médico. Paul era joven, Lola también y bonita además; por si fuera poco, estaba enamorada de él y todo esto haría que en un breve plazo de tiempo Keller llegara a olvidarse de la funesta egipcia.

Contesté:

—Pues, sencillamente, no está permitido que un «robot» sea padrino de boda.

FIN